

TEXAS

*no  
sueño mal*

Christian

Martins



**TEXAS  
NO SUENA MAL**

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN FEBRERO 2021**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2021 CHRISTIAN MARTINS**

*Gracias a ti, lector/a, por hacer este sueño realidad.*

*Porque, a fin de cuentas, ¿qué sería la vida si dejásemos de soñar?*

*Una historia no tiene principio ni fin,  
tan solo puertas de entrada.  
Carlos Ruiz Zafón*

Violet observó el rebelde mosquito que, a pesar del frío, se movía libremente por la habitación a sus anchas. Febrero acababa de llegar al calendario y pensó que aquel pequeño insecto debía de ser un verdadero superviviente si había superado las peores nevadas. Carlos estiró el brazo sudoroso y lo dejó caer sobre el vientre de ella. Se sintió pegajosa, sucia y asqueada, pero se contuvo y no dijo nada. Sabía que ese “momento de después” a él le encantaba y, en su justa medida, había decidido ser tolerante en esos pequeños aspectos. Violet podía ser complicada, sí. Pero con Carlos se mordía la lengua y se lo guardaba dentro, lo que la llevaba a aparentar el aspecto externo de una chica —casi— normal. ¿Y por qué se mordía la lengua Violet? ¿Por qué intentaba ser más permisiva con él de lo que había sido con el resto de sus parejas? Porque Carlos era el mejor amante que jamás había tenido. Quizás se debía a la sangre latina que corría por sus venas, o puede que, simplemente, la buena herencia que tenía entre sus piernas hacía que todo fuera más sencillo. Violet no lo sabía, aunque tampoco le importaba demasiado. Carlos era genial en la cama y con eso, le bastaba.

—¿Estás feliz conmigo?

Después de hacer el amor, Violet solía salir escopetada a la ducha. Odiaba sentirse sucia y la repugnaba saber que tenía restos de otra persona en su interior. Sí, por Carlos hacía un esfuerzo y se quedaba en la cama, abrazada a él, durante varios minutos. Pero solían hacerlo en silencio, no manteniendo una profunda y absurda conversación.

—Claro que sí —respondió, como si la duda resultara ofensiva.

Aunque, en el fondo, Violet no tenía muy claro qué significaba ser feliz. Nunca había sabido con exactitud qué era lo que quería y esperaba en la vida, lo que conllevaba a que, de vez en cuando, padeciera la desagradable sensación de “estar perdida en el mundo”.

—Me alegro —respondió Carlos, justo antes de besarla en el hombro desnudo.

Violet se obligó a sonreír.

—Me voy a la ducha —dijo, incorporándose, cuando consideró que ya se había mantenido un tiempo prudencial junto a él.

—No, no... Quédate aquí conmigo un rato más —suplico, reteniéndola—. Me encanta estar aquí, tumbado, junto a ti —mascullo—. Hueles tan bien...

Cogió aire profundamente y se obligó a serenarse.

Su obsesión por la limpieza la había enfrentado en más de una ocasión con sus parejas, y con Carlos estaba aprendiendo a contenerse. Según su psicólogo, aquellos últimos meses estaba avanzando a pasos agigantados.

—Está bien, pero... ¿Podrías traerme un poco de agua? —preguntó, sin borrar esa sonrisa falsa que había aprendido tan bien a poner—. Estoy sedienta.

Violet había asimilado que nadie la querría tal y como era en realidad, así que había pasado al plan b: aparentar. Su psicólogo se empeñaba en decir que sufría de “filofobia”, pero ella estaba convencida de que, en el fondo, no tenía ningún problema. Solo era diferente a los demás, nada más.

Carlos asintió sin dudar y se levantó de la cama.

Ella se quedó allí tirada, observando sus apretadas y firmes nalgas hasta que desaparecieron por detrás de la puerta. En ese instante, calculó que tenía unos dos minutos aproximados para levantarse, correr hasta el baño, afeitarse, lavarse los dientes y volver a la cama. Saltó del colchón y, con rapidez, corrió hasta el baño. Se lavó las axilas con agua y jabón mientras se enjugaba la boca con solución oral. Escuchó a Carlos en el exterior y se apresuró a regresar con rapidez al colchón, corriendo. Él entró en la habitación con un vaso de agua en la mano, le dedicó una espléndida sonrisa y señaló a Mila, la perrita de Violet. Violet adoraba a su perra y le tenía muchísimo más aprecio que a la mayoría de las personas de su vida, pero odiaba con toda su alma que se subiera en la cama. Y Carlos lo sabía.

Contuvo el aliento mientras se disponía a llamarle la atención.

—Carlos, por favor... Saca a Mila de la habitación —le pidió con voz pausada, sin alterarse.

Su psicólogo solía decirle que, en momentos de estrés como ese, debía contar hasta diez tranquilamente y recordarse a sí misma que no debía exagerar. Sí, Carlos había dejado entrar a Mila en la habitación, pero... Ya está. No pasaba nada. Y eso era lo que Violet debía recordar siempre que se inquietaba por algo que en el fondo no tenía ninguna importancia.

Carlos soltó una risotada mientras se dejaba caer de nuevo en el colchón, junto a ella, antes de propinar un par de palmaditas a la colcha. Mila saltó junto a él con agilidad mientras Violet sentía cómo las pulsaciones se le aceleraban y el ritmo cardíaco se descompensaba.

—¡Mila, fuera! —gritó, pero el can decidió no obedecer a su dueña.

En lugar de salir, se tumbó sobre ella a lamerle la cara.

Violet sintió cómo la vena de la frente se le empezaba a hinchar mientras las carcajadas de felicidad de Carlos resonaban de fondo.

—¡Mila, fuera, para! —gritó, enfadada y disgustada al mismo tiempo.

La sujetó con fuerza del collar y la obligó a descender. Y en ese preciso instante, sintió un bulto en el cuello del animal que, hasta el momento, había pasado desapercibido.

—Pero... qué... —murmuro, agachándose junto a su perrita.

Se quedó mirando fijamente la cajita que el animal llevaba atada con un cordel a su collar. Alzó la vista hacia Carlos, preguntándose si aquello era cosa suya. Él continuaba sonriendo, feliz. Violet cogió aire, tiró del cordel y desató la cajita. Anhelaba con toda su alma sacar a Mila de la habitación lo antes posible, pero Carlos la miraba tan fijamente que se vio obligada a sonreír y abrir la cajita antes de continuar poniendo en orden su casa y su vida. Rasgó el envoltorio y entreabrió la tapa. Y en ese preciso momento, cuando vio el anillo de pedida en su interior, sintió cómo sus aceleradas pulsaciones desaparecían. Se quedó petrificada, helada. El corazón le dejó de latir y su cabeza se quedó totalmente en blanco. Solamente era capaz de repetirse una cosa, una y otra vez, en bucle: “otra vez no, por favor”.

Carlos se bajó de la cama y se arrodilló frente a la joven, mirándola directamente a los ojos. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Violet Ross... Sé que tienes pánico al compromiso, que tu vida es muy complicada y que odias pensar en el día de mañana. Pero creo que conmigo el mañana será diferente —dijo, procurando buscar las palabras más sinceras—. Será un mañana que merecerá la pena descubrir. Estos últimos meses a tu lado han sido... ¡Uf! —resopló—. Una verdadera montaña rusa de emociones, así que he decidido lanzarme.

—¿Lan...zar...te? —repitió, boquiabierta, mientras rezaba internamente porque no formulase la tan odiada y aterradora pregunta.

—Violet Ross... ¿Quieres hacerme el hombre más feliz del planeta y casarte conmigo?

Sintió cómo sus pulsaciones se reanudaban de forma descontrolada. Podía escuchar retumbando el bombear del corazón en sus oídos. Sonaba como una locomotora. Tembló de pies a cabeza, sin saber qué decir, hasta que observó cómo la sonrisa de felicidad de Carlos se iba esfumando muy lentamente.

Violet odiaba el compromiso con toda su alma. Incluso dudaba que fuera capaz de llegar a enamorarse. Pero si algo odiaba de verdad, más que cualquier otra cosa, era el tener que enfrentarse a una situación difícil. Los problemas, por alguna razón incomprensible, debía resolverlos de puertas para adentro, en soledad.

—Violet... dime algo, por favor —suplicó él con la voz rota mientras comenzaba a sentir cómo el corazón se le hacía añicos.

—Sí... —murmuró con un hilillo de voz casi inaudible.

Le temblaban las piernas y tenía la sensación de que en cualquier momento se vendría abajo, pero sacó fuerzas de su interior y mantuvo la compostura.

—Sí, Carlos... sí —repitió, procurando sonar más segura y convencida de sus palabras.

Y aunque el gesto de su rostro decía algo muy diferente a sus palabras, Carlos soltó una risotada estruendosa y se apresuró a coger a Violet para levantarla al vuelo. Mila soltó un par de ladridos por el estallido de felicidad que se palpaba en el ambiente, y cuando por fin Carlos volvió a dejar a la chica en el suelo, lo hizo para colocarle el anillo de pedida.

Una hora más tarde, Carlos se marchó de esa casa pensando dos cosas; que el postre de chocolate que Violet había comido en la cena y que él había rechazado estaba malo y que, por esa misma razón, la última hora se la había pasado vomitando en el cuarto de baño. Y que estaba prometido con ella. Sí, ¡Carlos y Violet estaban prometidos!



Molly observó las cajas apiladas que había en la entrada del portal y sintió un inexplicable retortijón en el estómago. Llamó al ascensor mientras las observaba. Una de ellas, la que tenía escrito con letras fosforitas la palabra “cocina”, estaba entreabierta. En su interior se dejaba ver una fondue que era idéntica a aquella que, un par de años atrás, le había regalado a Violet por su cumpleaños.

Sintió otro retortijón mientras volvía a llamar al ascensor. Al parecer, alguien estaba haciendo un uso inadecuado de él, así que optó por subir a pie las escaleras hasta el quinto piso. Los retortijones se intensificaron cuando vio la puerta del ascensor pillada por una caja de mudanzas y la puerta del piso de su amiga Violet, abierta.

—¿Hola? —gritó, entrando sin antes llamar—. ¡Soy Molly! ¡Traigo café!

Se adentró en el diáfano salón con una mala sensación en el pecho. Violet llevaba una temporada bastante buena, pero algo en su interior le decía que esa época acababa de llegar a su fin.

—¿Hola?

—¡Estoy aquí!

Siguió el sonido de su voz y se encontró a su amiga sentada en el suelo del baño, sacando los productos de la última balda que había bajo el lavabo.

—¿Qué diablos haces? ¿Te mudas?

Violet asintió.

Se había pasado la noche entera en vela guardando todas sus pertenencias en cajas, así que estaba agotada. Se levantó del suelo, sacudiéndose el polvo de las manos contra los laterales de sus vaqueros. Cuando se puso en pie, vio su reflejo en el espejo de enfrente y pensó para sí misma que no tenía demasiado buen aspecto. Estaba ojerosa, sin vestir y sin peinar.

Molly pestañeo, boquiabierta, sin saber qué decir.

—¿Pero no tenías una visita a las diez? Pensaba que...

—No, ya no —se apresuró a responder Violet, mientras reabría una de las cajas que ya había cerrado para intentar encontrar su neceser—. Hoy no tengo ninguna visita porque ya no trabajo allí.

—¿Perdona? ¿Desde cuándo? —repitió, estupefacta.

—Desde hace... —canturreó Violet, pensativa, revisando su reloj de muñeca—, aproximadamente diez minutos. Me he despedido y me marchó.

—¿Por qué? —gritó Molly, nerviosa, mientras perseguía a la chica hasta el vacío salón.

El televisor estaba puesto y, de fondo, se reproducía un documental sobre caballos salvajes. Violet volvió a observar su reflejo en el espejo del salón con desgana. Su aspecto dejaba mucho que desear.

—Porque... —comenzó, sin saber si debía de contárselo o no. Molly era su amiga y sabía que podía confiar con plenitud en ella, pero también sabía que muchas veces empatizar con su forma de pensar resultaba complicado—. Porque Carlos me ha pedido que me case con él.

Molly abrió los ojos como platos, incrédula.

—¿Te pidió matrimonio?

La chica, cada vez más nerviosa, asintió.

No le apetecía hablar de ello. En realidad, lo único que quería era salir corriendo de ese piso, meter todas sus cajas en el coche y marcharse lejos, muy lejos.

—¿Y qué le dijiste? —insistió Molly, escandalizada.

—Le dije que sí, por supuesto.

Las dos amigas se miraron fijamente.

Se podía respirar el drama en el ambiente.

—Mándale un email, ¡por Dios! —soltó Molly, angustiada—. No puedes hacer las maletas e irte.

—Lo de mandar un email lo hice con Billy, y no me funcionó, ¿recuerdas? Se plantó en mi casa —le recordó Violet—. Y lo del mensaje lo hice con Tom. Tampoco funcionó. Todos vuelven buscando explicaciones. Todos.

Molly puso los ojos en blanco y se dejó caer en el sofá mientras su amiga sacaba el maquillaje del neceser para taparse las profundas ojeras que enmarcaban su mirada.

—Pero..., ¿no me dijiste que a Carlos le habías hablado de tu problema? ¿Qué estabas siendo sincera? ¿No le contaste que no podías comprometerte?

Violet asintió nuevamente.

—Sí... Y le dio igual —explicó, encogiéndose de hombros—. Me dijo un montón de estupideces; que lo nuestro era especial, que podía sentir que con él era diferente...

Molly destapó uno de los cafés para darle un largo sorbo.

—¿Y a dónde te vas a mudar? ¿Ya has avisado a tu casero?

Violet le lanzó una mirada cómplice.

—¡Oh, no! —gritó Molly—. ¡No puedes dejarme a mí la responsabilidad de hablar con tu casero!

—Ya sabes que yo no puedo... No puedo —culminó con ojitos de corderito degollado—. Necesito tu ayuda.

Su amiga titubeó.

—Tienes que llamar a tu psicólogo —sentenció, preocupada—. Tienes que llamarle y contarle lo que te ha pasado.

Violet se dejó caer junto a su amiga y, por primera vez en mucho tiempo, comprendió que no con todas las personas tenía que fingir ser alguien que no era. Con Molly siempre había podido ser ella misma, y eso había hecho que se transformase en una de las personas más importantes de su vida.

—Lo haré —prometió—. Pero primero tengo que salir de aquí. ¿Lo entiendes?

A Molly le costaba mucho entenderla, pero se esforzaba por hacerlo.

—Sí, creo que sí. ¿A dónde vas a ir, Violet?

La joven miró a su alrededor y repasó todas las cajas con la mirada. Era la quinta vez que se mudaba en tres años, así que se había acostumbrado a contemplar sus pertenencias empaquetadas y almacenadas. Le resultaba curioso la manera en la que se podían almacenar todos los recuerdos de una vida en un espacio tan reducido. Veintinueve años en cajas para llevar.

Miró al frente. Otro caballo salvaje corría por una pradera mientras el interlocutor explicaba el vínculo que esos animales habían mantenido desde tiempos ancestrales con el ser humano. La imagen se desvaneció para dejar paso a un rancho de Texas. “Voy a explicar cómo es la vida entre rodeos”, explicó el vaquero del televisor, que llevaba puesto uno de esos sexys sombreros. Sí, Violet no quería comprometerse. Pero eso no implicaba que tuviera que estar ciega.

—Texas no suena mal —murmuró, sin siquiera pensar en lo que estaba diciendo.

—¿Texas? ¿Te has vuelto loca?

Violet se quedó callada.

—En realidad, no suena nada mal —dijo unos minutos más tarde, dibujando una amplia sonrisa

—. ¡Sería como empezar de cero!

—¡Dios Santo, Violet! ¿Es que has perdido el juicio totalmente?

Molly estaba absolutamente escandalizada.

Se levantó del sofá con el café en la mano y empezó a pasearse de un lado a otro del salón, nerviosa.

—Una cosa es que cambies de piso, de barrio... Incluso sería aceptable que te mudases a las afueras —refunfuñó—, pero marcharte a Texas es una auténtica locura.

Su amiga no supo qué responder porque, a pesar de saber que Molly llevaba razón en todo lo que decía, ya había tomado la decisión. Lo tenía claro.

—Necesito un cambio —aseguró Violet, aún con la mirada fija en la pantalla del televisor—. Necesito escapar de todo esto.

—¡Todo esto es tu vida, Violet! No importa a dónde te mudes porque tarde o temprano volverá a pasarte lo mismo, te cansarás de todo, te asustarás con todo y volverás a huir. Porque siempre haces lo mismo: huir.

No quería discutir. En realidad, odiaba con toda su alma discutir.

—¿Me has traído un café? —preguntó, cambiando de tema radicalmente mientras una sonrisa conciliadora se le iluminaba en el rostro.

Molly no podía contener las lágrimas mientras veía cómo Violet, su amiga y querida Violet, cargaba cajas en su coche. Esta no era una mudanza cualquiera. Era una mudanza de verdad, una que implicaba muchísima distancia de por medio —casi siete horas en coche, para ser más exactos—. Sabía que, en los puentes, vacaciones y, quizás, algún que otro fin de semana, podrían verse. Pero como norma general, Violet dejaría de estar en su vida. Y, ¿para qué engañarse? Adoraba a esa chiquilla de pelo oscuro, sonrisa picaresca y mirada perdida que no sabía estarse quieta. Por muchos problemas que tuviera en su cabecita, Molly había descubierto que el trasfondo de la joven era tan bueno como divertido, y con los años se había encariñado tanto de ella que había llegado a quererla incluso más que a su propia hermana pequeña.

La echaría de menos, sí. Pero no podía retenerla.

Además, cualquiera que conociera a Violet debía intuir que, tarde o temprano, llegaría un momento como este. Violet no pertenecía a nadie ni a nada. Ni a las personas, ni a los lugares. Era un espíritu libre. Y eso solía despertar mucha envidia en aquellos que la rodeaban. En algunas ocasiones, el no ser capaz de estrechar lazos de apego podía ser una ventaja inmensa.

—¿Quién se muda? —preguntó una mujer mayor que intentaba acceder a la escalerilla del portal sorteando cajas y viejos muebles.

—Yo me mudo —respondió Violet con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya sabe, un imprevisto... Me marcho en... —revisó su reloj con sorna—. Unos minutos. ¡La echaré de menos, Karen!

La señora torció el gesto en una mueca de desagrado.

—¡Genial! Seguro que ahora me meten debajo a una familia con niños ruidosos —se quejó de malagana—. Pues nada, que te vaya muy bien y... Echaré de menos tus tartas de arándanos —masculló, antes de darles la espalda para continuar su camino.

Violet cargó la última caja y se giró para encarar a su disgustada amiga, que no paraba de llorar. Ella también quería a Molly y sabía que, por mucho que intentara negarlo, la extrañaría. A fin de cuentas, Molly era la única amiga de verdad que había tenido a lo largo de su existencia.

—Te guste o no, voy a darte un achuchón —murmuró la afectada, justo antes de lanzarse a los brazos de Violet.

La joven sonrió y comprobó que, en algunas ocasiones, abrazarse sí podía resultar tener algún sentido. ¿Quizás se le estuviera ablandando el corazón?

—Llámame —suplicó, aún sin soltarla.

Violet asintió y prometió hacerlo, justo antes de deshacer el abrazo y de despedirse de ella con un gesto alegre e ilusionado.

Empezaba una nueva etapa. Una nueva aventura.

Empezaba algo muy lejos del sexy y provocativo Carlos. Y, lo mejor de todo, empezaba algo nuevo sin compromisos.

Violet bajó las dos ventanillas delanteras, permitiendo que se formara una corriente en la parte delantera del coche. Sintió cómo el aire revolvió su cabello moreno y se permitió coger aire profundamente, sintiéndose libre. Por un instante, pensó en Carlos. Se preguntó qué pensaría al descubrir que se había marchado de allí sin decirle nada y se sorprendió pensando si su repentina marcha le afectaría demasiado. Eso último no solía ser demasiado frecuente, porque por lo general no se paraba a pensar en cómo afectaban sus actos a las personas que la rodeaban.

No sabía muy bien qué iba a hacer en Texas ni cómo pensaba ganarse la vida realmente, pero Karen, la vecina de arriba, le había proporcionado una buena idea por la que comenzar. Su tarta de arándanos. No es que le quedase estupenda, no. Es que Violet hacía la mejor tarta de arándanos que hasta la fecha había probado nadie. Y aunque nunca había intentado explotar su don hostelero, allí, conduciendo y sin un rumbo demasiado fijo, decidió que había llegado el momento de coger las riendas de su vida y de ordenarla. Estaba a punto de cumplir treinta años y necesitaba sentar la cabeza y proponerse un buen futuro. Encontrar su hueco en el mundo.

Cuatro horas más tarde, decidió que había llegado el momento de hacer la primera parada del viaje. Estaba agotada, se le caían los párpados y necesita tomar un buen chute de cafeína para despejarse. Divisó una gasolinera a pocos kilómetros y tomó el desvío para dirigirse hacia ella. Todavía faltaban bastantes horas por delante antes de llegar a Texas, pero Violet empezaba a entusiasmarse y a impacientarse por partes iguales.

Llenó el depósito y se dirigió a la cafetería. Sentía en cada paso el agotamiento extremo que le producía la falta de sueño y descanso, pero ni siquiera entonces se planteó parar unas horas para poder echar una cabezadita. Así era Violet: nerviosa, impaciente, divertida, intranquila, cabezota. Pero, sobre todo, persistente.

Pidió un café doble con leche y el listín de direcciones. Buscó la dirección y el número de algunos hoteles y decidió anotarlos antes de continuar su camino. Pensaba instalarse definitivamente en una casita con jardín, pero hasta que encontrara una debía de buscar un lugar en el que pasar un par de noches. Escuchó los ladridos impacientes de Mila a través de las ventanas abiertas de la cafetería y apuró los restos de la taza de un solo trago. Dejó el listín junto a un generoso billete en la barra y regresó a su coche.

Su pequeña perrita estaba cansada del viaje y parecía necesitar estirar las patas, así que optó por esquinar el vehículo cerca de una campa para que pudieran dar un paseo exprés. No quería perder el tiempo, pero sabía que el pobre animal necesitaba hacer sus necesidades y respirar aire fresco tanto como lo había necesitado ella antes de la parada en la gasolinera.

Mila había sido una muy buena idea de su psicólogo. Según el doctor Bell, un animalito a su cargo podía ayudarla a desarrollar su empatía y su apego. Y así había sido, por supuesto. Violet adoraba a aquella perrita por encima de todo. Por algún motivo incomprensible, la consideraba una extensión de ella. La veía como parte de su ser, de su esencia. Siempre juntas, siempre unidas. Mila la había escuchado llorar en un sinfín de ocasiones, la había consolado en sus momentos más débiles y había soportado todas las locuras de Violet sin protestar. Y lo mejor de todo era que la pobre Mila nunca pedía nada a cambio. Se conformaba con los escasos gestos de amor que su dueña tenía para ella, aceptando a Violet con sus más y sus menos. Tal y como era.

Volvieron a subir al coche e hicieron otras tres horas sin descansar. La joven estaba agotada de conducir, pero optó por tomar un segundo y bien cargado café, comprar otro para llevar, comer un bocadillo de bacón y darle un pequeño paseo a su perrita con la intención de despejarse antes de volver a sumergirse en la carretera. Mientras veía a Mila correr entre unos arbustos, se la imaginó en un rancho, revoloteando como un abejorro jugueteón entre las vacas y los caballos. Un momento, se preguntó si la vida de campo resultaría del agrado del can, pero después se contestó a sí misma de forma afirmativa, convencida de que Mila era capaz de adaptarse a cualquier entorno con facilidad. A fin de cuentas, ya lo había hecho, ¿no? El animal había pasado por un criadero, una perrera y varias casas de acogida antes de llegar a manos de Violet. Y siempre se había adaptado. Era de carácter noble por naturaleza, no como la mayoría de los humanos —eso pensaba Violet—. Hacía frío. En el exterior había comenzado a anochecer y las temperaturas habían descendido con rapidez. Se subió al coche con las manos heladas y encendió la calefacción en cuanto puso el motor en marcha. Arrancó sin demorarse, consciente de que ya no quedaba demasiado para llegar a Texas. Texas. Por alguna razón, el nombre del estado le sonaba armónico y exótico a su vez. Le sonaba bien. Le sonaba mejor que bien. Tenía el presentimiento de que allí comenzaría de cero de verdad.

Pensó que, cuando llegase, podía reinventarse como persona. Podía ser quien quisiera ser. Violet la pastelera, Violet la profesora, Violet la paseadora de mascotas, Violet la paracaidista... No tenía por qué quedarse viviendo en bucle una vida que no le gustaba. Podía redescubrirse. Podía probar suerte buscando el alter ego que convivía en su interior con la antigua Violet.

Pasó un cartel que decía “Bienvenido al condado de Burnet, estado de Texas” y sonrió. Se le caían los párpados y sentía que el agotamiento había calado hondo hasta alcanzarle los huesos, pero saber que ya estaba tan cerca de su nuevo hogar le proporcionó un pequeño chute de adrenalina. Lo suficiente como para continuar conduciendo sin venirse abajo. Casi una hora más tarde, descubrió que los efectos de ese chute de adrenalina no eran tan efectivos como creía y decidió hacer una pausa en el trayecto para poder echar un vistazo al listado de hoteles que había anotado en la primera cafetería. Sacó a Mila del coche y dejó la puerta del copiloto abierta para que el can regresase adentro cuando quisiera. Fuera estaba oscuro y a su alrededor solamente había campos segadas. No parecía haber ningún tipo de peligro. Encendió la lucecita del techo, la que estaba justo encima del piloto, y revisó sus notas. Estaba más perdida que un pingüino en el desierto, pero decidió no desmoronarse y llamar a alguno de los números. Quizás, con un poco de suerte, tropezara con algún transeúnte que pudiera proporcionarle más información. Marcó un número, dos, tres... Pero antes de marcar la cuarta cifra, sus párpados se rindieron ante el cansancio y se cayeron. Sintió varios lametones de Mila en el rostro y, un poco más tarde, notó su calor cuando el animal se acurrucó junto a ella.

—Mila, baja de la cama, por favor... —murmuró con la voz apagada, justo antes de caer rendida en un profundo y reparador sueño.

Mila ladró y alguien golpeó fuertemente la ventanilla sobre la que reposaba su frente. Violet saltó del asiento, asustada, y se tomó un par de segundos para ubicarse y comprender dónde diablos estaba y cómo había llegado hasta allí. Debía haberse quedado profundamente dormida, porque en el exterior del vehículo ya había amanecido por completo y brillaba el sol con fuerza.

—Dios Santo... —murmuró, extrañada—. ¿Dónde estoy?

Recordaba haberse dormido junto a una carretera y unas campas, pero no recordaba haberlo hecho en mitad de un pueblo. Un pueblo de verdad. Tanto a su izquierda cómo a su derecha, tenía casas. Casas grandes, de esas de madera anticuadas. Y si miraba al frente veía la carretera que dividía un pueblo en dos mitades, separándolo.

—Estás en Marble Falls, bonita —le dijo la señora mayor que había golpeada el cristal—. ¿Estás bien? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así?

Violet pensó que tenía un verdadero imán para las señoras mayores cotillas. Sonrió como su psicólogo le había enseñado que debía hacer y sacudió la cabeza.

—Conducía de noche y debí de quedarme dormida en una de las paradas —explicó, observando a Mila a través del cristal.

Su perrita se había bajado del coche, lo había rodeado y se había acercado a la señora cuidadosamente, olisqueándola a cierta distancia de seguridad.

—¿Y hacia dónde te diriges? ¿Necesitas indicaciones o un mapa?

Miró a su alrededor y cogió aire profundamente mientras decidía a dónde quería ir y qué era lo que quería hacer. Observó que, a su derecha, junto a ella, la inmensa casa azul casi derruida junto a la que había aparcado, se vendía. Sonrió al pensar que debía haber confundido los terrenos de esas casas con campas, ya que eran enormes.

—Marble Falls, ¿eh? —murmuró para sí misma.

—Así es, esto es Marble Falls.

Una profunda sonrisa se iluminó en su rostro mientras se decía a sí misma que, quizás, después de todo, haberse detenido en ese punto exacto de la carretera no había sido casualidad, sino más bien una señal del destino.

—Creo que me voy a quedar aquí —anunció, mientras una sensación de entusiasmo y nerviosismo se apoderaba de ella.

Quizás, por fin, había encontrado su lugar en el mundo: Marble Falls, Texas.

—¿Aquí? ¿En el pueblo? —repitió la mujer, dando un paso hacia atrás para alejarse de Mila.

Parecía tenerle miedo al can, pero Violet no se molestó en intervenir. Mila era todo bondad y no dudaba nunca de sus buenas intenciones. En todos aquellos años jamás había mordido a otro animal, mucho menos a otra persona.

—Puedo recomendarte un buen hostel a dos calles a la izquierda —le dijo—. La dueña...

—En realidad —intervino Violet, cortándola—. Me interesaría comprar esta propiedad. ¿Sabe de quién es?

La mujer parpadeo, confusa.

—¿De verdad? ¿Quieres comprar la casa, niña? —inquirió, señalándola.

Violet se giró para mirarla.

El porche estaba en ruinas, el tejado estaba derruido, la pintura azul de la fachada desgastada y

algo le decía que su interior no estaría mucho mejor conservado. Pero Violet tenía pocos ahorros, mucho entusiasmo y mucho tiempo. No era demasiado manitas, pero estaba convencida de que con un poco de ganas podía conseguirle un lavado de cara decente. Después ya la reformaría, poco a poco, según se fuera recuperando del bache económico.

La observaba fijamente con aire soñador, imaginándose cómo podía llegar a quedar cuando, de pronto, un grito la sobresaltó obligándola a regresar a la realidad. Se dio la vuelta y se encontró a la mujer en el suelo, tumbada, y a Mila sobre ella. La perrita se había abalanzado sobre la bolsa que la mujer llevaba y, fuera lo que fuese, parecía devorar su contenido con ansia y ganas.

—¡Oh, Dios! ¡Perdone! —gritó Violet, sobresaltada, mientras se apresuraba a salir del vehículo—. ¿Se encuentra bien? ¡Lo siento!

Quitó a Mila de un empujón y ayudó a la mujer a incorporarse.

—Maíz, zanahoria y avena, para los caballos —dijo, señalando la bolsa en la que Mila había metido el hocico—. Un animal perspicaz —añadió, lanzándole una mirada de advertencia al can.

—Ya... es una chica lista —respondió Violet, avergonzada por la conducta de su compañera—. Como le iba diciendo... ¿Sabe quién es el propietario?

La señora apretó la bolsa contra su pecho, protegiéndola.

—Mi hermana —sentenció.

—¿Su hermana? —repitió Violet, sorprendida, preguntándose si podía haber mayor casualidad que aquella—. ¿Y dónde puedo encontrarla?

—En el cementerio —señaló la mujer con una sonrisa torcida—. Murió hace una semana.

Violet pestañeó, confundida, sin comprender nada.

—Entonces ya no puede ser la propietaria...

La mujer sonrió.

—Supongo que tienes razón y que la propietaria, ahora, soy yo. Aunque para mí siempre será la casa de mi hermana.

La joven no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Sabe? Creo que a partir de ahora tendrá que verla como... La casa de Violet Ross —dijo, sonriente, mientras se preparaba para la negociación—. ¿Quiere que se la pague con un cheque?

—Todavía no te he dicho el precio de la casa —señaló la mujer.

Ella negó.

—¿Qué le parece si se lo pongo yo? —inquirió, sacando un cheque—. Le doy ochenta y cinco mil dólares ahora mismo y dejamos zanjado el asunto.

—¡Solamente el terreno cuesta más que eso! —protestó la mujer, cuyo nombre aún no había salido a la luz—. No pienso aceptar menos de...

—Seamos sinceros, señora...

—Weaver. Señora Weaver —señaló.

—Pues hablemos con claridad, señora Weaver. La casa está derruida, así que quien la compra tiene dos opciones: pagar para que la echen abajo y se la lleven, lo que supondría un dineral, o reconstruirla con esos mismos cimientos y dejarse otro buen dineral —se apresuró Violet, haciendo uso de los escasos conocimientos que había adquirido en su época de agente inmobiliario—. Yo le estoy ofreciendo cien mil dólares ahora mismo. Sin esperas y sin negociaciones. Cien mil, ahora.

La señora Weaver entrecerró los ojos, pensativa. Le lanzó una mirada perspicaz a Violet y después echó un vistazo a la casa. Cogió aire y resopló.

—Siempre he odiado esa maldita casa —refunfuñó—. Así que, vale.



—¿Vale? —repitió ella, emocionada.

—Sí, vale. Cien mil dólares al momento, ahora mismo, y le firmaré un documento para que pueda presentar en la notaria y proceder al cambio de titular —sentenció.

Violet garabateó un cheque, lo extendió hacia la señora Weaver y le estrechó la mano con rapidez, antes de que la mujer pudiera sopesar la oferta y echarse atrás.

—Trato hecho —respondió.

La señora Weaver no sabía si sentirse feliz o triste. Vender la derruida casa de su hermana había sido un golpe de suerte, pero, a su vez, ese simple hecho le hacía recordar que la difunta Mery ya no estaba y que la siguiente en marcharse de ese mundo sería ella.

—Bienvenida a Marble Falls... —murmuró, justo antes de leer el nombre de la chica en el cheque que acababa de entregarle—, señorita Ross.

La señora Webear abrió la verja del jardín y le tendió las llaves a Violet con gesto de alivio, como si al hacerlo se estuviese quitando un gran peso de encima.

—¿Le preocupa algo, señora Webear? —inquirió la joven, confusa.

—En realidad, la única preocupación que veo aquí es tuya, no mía — respondió, señalando la casa casi derruida con una sonrisa—. Espero que la disfrutes muchos, muchos años.

—Seguro que así será —respondió Violet, mientras se preguntaba por dónde empezaría a repararla—. ¿No va a acompañarme dentro?

Por alguna razón, esperaba una visita guiada o algo similar. Pero intuía que la señora Weaver estaba ansiosa por desaparecer de su vista cuanto antes y no iba a ser ella quien interfiriese en sus planes.

—Creo que te dejaré sola con tu nuevo hogar —sonrió—. Todavía tenéis que conoceros.

La mujer se dio la vuelta mientras se preguntaba a sí misma qué clase de persona compraba una casa casi en ruinas sin siquiera haberla visitado antes. Intuía que aquella joven, la señorita Ross, no era del todo normal.

—Está bien —admitió Violet—. Pero, antes de que se marche... ¿Podría decirme dónde conseguir un mecánico? Ayer debí dejarme alguna luz encendida y hoy el coche está sin batería...

—Tengo que ir al mercado a por más zanahorias —dijo, lanzándole una mirada de desaprobación a Mila—, así que pasaré por el taller de los hermanos Hughes. Le diré a uno de ellos que se pase a ponerte las pinzas.

—¡Gracias, señora Weaver! —exclamó, justo antes de darle la espalda y centrarse en lo que tenía delante de ella: su nuevo hogar.

Miró su jardín y se imaginó lo bonito que podía llegar a quedar si quitaba las malas hierbas, ponía un par de tumbonas y quizás algunos tiestos con margaritas o cactus. Sí, los cactus no necesitaban mucho mantenimiento y eran una opción ideal para alguien como ella. Cerró los ojos y se imaginó a Mila correteando entre los arbustos y un césped de color verde intenso. Sí, tenía trabajo por delante, pero si se organizaba y se ponía manos a la obra, aquella pequeña campa repleta de hierbajos podía transformarse en un paraíso ideal. Cogió aire y abrió su mente, dispuesta a adentrarse en su nuevo hogar y a verlo con otra perspectiva diferente.

Abrió la puerta principal, que chirrió y se desencajó al hacerlo, y pasó al interior. El hall era amplio y no tenía demasiado mal aspecto; excepto por la madera del suelo, que crujía bajo sus pies. Revisó de pasada las escaleras que subían a la planta de arriba y comprobó que un par de tablones —como mínimo—, estaban partidos. El salón no estaba mal. Amplio, despejado y perfecto para pasar las tardes de invierno leyendo junto a la cristalera del fondo. Sí, esa cristalera rota que la señora Weaver había cubierto con cartones y papel de periódico. Comprar todos esos cristales saldría caro, pero no tenía más opción. Hasta que pudiera permitírselo, dejaría los cartones y se preocuparía por otras tareas como: limpiar, barrer, fregar, quitar el papel viejo de las paredes, pintar, etc. Sí, desde luego, tenía muchísimo trabajo por delante y muy poco dinero. Cuando vio el decrépito estado de la cocina, decidió que tenía que encontrar un trabajo con urgencia antes de que la casa se le viniera encima sobre ella. Por un instante, incluso, llegó a arrepentirse de la compra que acababa de hacer. Y cuando subió al piso de arriba y vio las

habitaciones vacías, se dio cuenta del gran error que había cometido. Estaba claro que Texas la estaba cegando porque, sin siquiera ser consciente... ¡Acababa de comprometerse con la casa! ¡Era suya! ¡La había comprado!

Se echó a llorar en una esquina mientras Mila le lamía el rostro, preguntándose cómo diablos sacaría adelante ese puñado de maderas viejas y de tejas rotas. La inversión no era pequeña, aunque por el precio que había pagado siempre se podía llegar a plantear revenderlo todo. Según su antigua jefa, el trabajo de campo como agente inmobiliaria no se le daba nada mal.

Pegó un brinco cuando escuchó un grito que provenía de la planta de abajo. Se levantó corriendo y, con Mila bajo sus pies, se encaminó hacia las escaleras.

—¿Quién es? —gritó, extrañada.

¿No hacía ni dos horas que había conocido su nuevo hogar y ya tenía la primera visita?

—¡Soy el mecánico! —gritó una voz masculina desde abajo—. La señora Weaver me ha dicho que necesitaba ayuda para arrancar el coche...

—¡Bajo en dos minutos! —exclamó Violet, asomándose por la barandilla, que nada más tocarla se tambaleó de forma peligrosa.

Se alejó de ella, asustada por si se iba abajo. No le apetecía pasar su primer día como tejana en un hospital y con una pierna escayolada.

Bajó las escaleras de una en una con sumo cuidado, rezando por no meter el pie en ningún agujero de forma involuntaria.

—Vaya... Así que tú eres la nueva propietaria de...

—Sí, soy yo —le cortó, sin levantar la cabeza para dirigirse a él.

Todavía no le había visto la cara, porque bajaba con la mirada clavada al suelo, sin descuidarse ni un segundo. Pero, cuando por fin bajó y levantó la cabeza, se sorprendió al encontrar un cowboy como los de las películas. Uno de los de verdad. El supuesto mecánico vestía unas botas camperas, unos vaqueros claritos cuyo desgaste por el uso excesivo quedaba patente a la altura de sus muslos, una sobre camisa de cuadros y una interior blanca, de tirantes, básica. Violet no pudo evitar no pasar por alto lo guapo que era. Tenía la piel oscura y curtida por el sol, los ojos grisáceos y el cabello castaño. Calculó que tendría, aproximadamente, cuarenta años. Quizás alguno menos.

—Pues un placer conocerte —saludó, dibujando una deslumbrante sonrisa—. Me llamo Carter.

—Violet —respondió, alargando el brazo para estrecharle la mano.

Se escuchó un rugido que provenía del techo en el preciso instante en el que su mano y la de él entraban en contacto. Una lluvia de polvo cayó lentamente sobre sus cabezas, provocándoles una repentina tos.

—Vaya, por lo que veo... Tienes trabajo, ¿eh? ¿Ya has pensado qué vas a hacer con la casa y dónde vas a vivir hasta que la tengas reformada?

—En realidad, sí —respondió, segura de sí misma—. Viviré aquí mientras la reformo. Y la reformaré yo misma.

Carter abrió los ojos como platos, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—¿Vivirás aquí? ¿La reformarás tú misma? —repitió, consternado—. Chiquilla... ¿Tienes idea de lo que es una roza?

La joven soltó una pequeña carcajada mientras se alejaba del cowboy.

—Era de esperar —sentenció, hablando consigo misma.

—¿El qué? —repitió él, confuso.

—Que en un pueblucho como este tuvieran una mentalidad... ya sabes, no anticuada —explicó

con retintín—. Pero claro, ¿qué se podía esperar de un pueblo donde la mayoría de los habitantes tienen una media de estudios inferior al bachillerato? ¿Dónde los hombres se han criado construyendo casas mientras las mujeres limpiaban? Pues eso, era de esperar.

Carter, que solía tener una paciencia infinita, intuyó que esa chica y él no terminarían de cuajar. Algo le decía que tenía ante sí a la típica pija de ciudad insoportable que se creía mejor que los demás por llevar unos zapatos de marca. Volvió a mirarla por segunda vez, recorriéndola de pies a cabeza, y confirmó lo que acababa de cruzarle por la mente: esa chica jamás encajaría en un sitio obrero y humilde como Marble Falls.

—Está claro que necesitaré un poco de ayuda —añadió Violet—, y que tendré que contratar a algún que otro profesional, pero en principio y si todo va según lo previsto, mi idea es encargarme yo misma del trabajo principal.

Carter pensó que tenía demasiados pajaritos en la cabeza y que vivía en las nubes. Pero ese no era su problema. Ella no era su problema. Lo único que debía preocuparle era arrancar el coche de fuera, y ya está. Después se marcharía de allí y dejaría a la chica en su mundo de fantasía.

—Pues nada, mucha suerte —sentenció—. ¿Quieres que te arranque el coche?

—Sí, ¡sí! —exclamo, mientras buscaba las llaves en su bolso—. Sí, claro.

Salieron al jardín y Mila les siguió detrás.

—¿Y piensas vivir en la casa sin agua ni electricidad? ¿Te las podrás apañar? —preguntó Carter, que por alguna maldita e incomprensible razón no era capaz de dejar el tema de lado.

Violet sintió cómo el color abandonaba su rostro con lentitud mientras sus sueños se desmoronaban de un plumazo.

—¿No hay electricidad? —preguntó casi sin voz—, ¿ni agua corriente?

El cowboy no pudo evitar una sonora carcajada. Intuía que la chica acababa de caerse de la nube y había dejado atrás su mundo de fantasía para darse de bruces contra el frío y duro cemento de la realidad.

—Pues dudo mucho que tengas ni agua, ni electricidad.

Carter abrió el coche, puso las llaves en el contacto y arrancó. Efectivamente, el vehículo se había quedado sin batería. Se acercó hasta su camioneta y cogió un cargador de baterías. Colocó las pinzas y se volvió a girar hacia ella, que miraba la casa estupefacta. Comprendió que la chica parecía a punto de echarse a llorar y no pudo evitar sentirse culpable por haber sido tan... realista.

—¿Por qué no contratas a alguien para que te ayude? —inquirió Carter, aunque sabía bien que estaba haciendo muy mal involucrándose en aquel asunto.

—No me queda prácticamente dinero y un coordinador de gremios es demasiado costoso —indicó Violet, levantando las manos en alto—. ¿Por aquí tenéis fontanero?

—Sí —respondió.

La batería ya estaba a un veinte por ciento.

—¿Y electricistas?

—También —confirmó.

—¿Y podrías dejarme sus números de contacto? Les pediré un presupuesto —dijo, sin mucha esperanza.

Marble Falls era un pueblucho, y en sitios como ese la mano de obra no solía ser excesivamente disparatada. La mayoría de los profesionales estaba soñando con recibir un nuevo cliente que no fuera un familiar cercano o el vecino de enfrente, para poder cobrar en condiciones sin “los descuentos” que los allegados suelen tener de forma connatural. Aún así, Violet dudaba

que pudiera permitirse pagar esos servicios. Al menos, no hasta que no comenzara a trabajar.

El cowboy comenzó a hablar, pero ella había desconectado de la realidad y no le escuchaba. Estaba pensando en su futuro. En el futuro que le esperaba en Marble Falls y en la idea que había tenido justo antes de abandonar su antiguo apartamento. Solamente quedaba desarrollarla un poco más y ponerse manos a la obra, aunque para eso necesitaba un buen horno y una pequeña inversión para poner en la casa una buena instalación eléctrica en marcha. Después ofrecería su tarta a los restaurantes y cafeterías de Marble Falls, y cuando tuviera una clientela decente, abriría su pequeño obrador y comenzaría su propia andadura. Siempre había soñado con ser su propia jefa y aquel nuevo comienzo podía transformarse en el momento ideal para sacar su lado más emprendedor.

—¿Me estás escuchando?

Violet regresó de golpe y porrazo a la realidad.

—Perdona, no, ¿qué decías?

El cowboy sonrió.

—Que la batería ya está cargada. Deberías darte un buen paseo con el coche, por si acaso — señaló—, y en cuanto a los teléfonos... Toma —añadió, sacando una tarjeta del bolsillo—. Soy el manitas oficial del pueblo. Conmigo tienes fontanero, electricista, carpintero...

Violet pestañeó.

—¿Lo dices en serio?

Asintió.

El rostro de la joven se iluminó con una inmensa sonrisa hasta que, de pronto, le volvió a la cabeza la conversación que acababa de mantener con él dentro de la casa. Cogió aire profundamente y se preparó para hacer algo que no solía acostumbrar a hacer; pedir disculpas. La palabra “perdón” no solía estar dentro de su diccionario cotidiano, pero consideró que en ese momento su uso era de extrema necesidad su uso.

—Lo digo muy en serio —repitió Carter Hughes.

—Pues entonces... Creo que debo comenzar esto con una disculpa —soltó Violet, evitando las palabras “perdón” y “lo siento” lo máximo posible—. No quería causarte una impresión equivocada, pero he de admitir que no estoy pasando por el mejor momento —dijo, señalando la casa—. Creo que es obvio, sino no hubiera comprado una casa medio en ruinas y no iría a vivir en ella antes, siquiera, de tener calefacción o agua.

El cowboy la miró, satisfecho consigo mismo por lo que estaba escuchando.

—Necesito ayuda para repararla, pero no puedo permitirme nada demasiado costoso. En realidad, no puedo permitirme casi nada —dijo, procurando ser sincera—. No sé si podrías hacerme un presupuesto de los aspectos más básicos que necesiten reparación profesional y si, en caso de ser así, podríamos llegar a un acuerdo en cuanto al cobro.

Él la miraba muy fijamente, sin dejar de sonreír, disfrutando del espectáculo.

—¿Sabes? Creo que no —respondió, sin borrar la sonrisa de su cara.

Violet sintió que palidecía al instante.

—¿Cómo? —repitió, incrédula, agitando la tarjetita que acababa de darle—. ¡Pero si me acabas de dar tu número!

Carter Hughes asintió.

—Sí, lo he hecho... Pero la verdad es que me he arrepentido casi al instante —dijo, con tono serio, dejando claro que no era una broma de mal gusto—. Mira, casi no te conozco y soy de esas personas que opinan que, juzgar a la ligera, no es bueno. Pero en tu caso, no sé muy bien por qué,

algo en mi interior me dice a gritos que no nos llevaríamos bien. Y, si tenemos en cuenta que la reforma de una casa es algo serio que conlleva muchos meses de trabajo detrás, creo que... No debería aceptar una propuesta. No congeniamos.

Violet no podía creer lo que estaba escuchando. Le observó, atónita, sin saber siquiera qué responderle a esa triste y absurda explicación.

—Ya entiendo —murmuró, pensativa—. ¿Esto es porque te he dicho que no tengo dinero? No soy ninguna morosa —aclaró con rapidez—, ni ninguna aprovechada. Pago mis deudas y nunca he dejado ni una barra de pan a deber.

El cowboy sonrió y, por primera vez, Violet se fijó en que esa sonrisa de medio lado que ponía resultaba demasiado sensual y atractiva. Había pasado por alto lo guapo que era en realidad, debajo de toda esa fachada chulesca.

—No tiene nada que ver con el dinero. Es más —añadió con gesto de desdén—, esto te lo regalo —dijo, justo antes de propinarle dos palmaditas al capó del coche—. No lo olvides, ¿eh? Date una vuelta para asegurarte de que la batería está bien cargada o correrás el riesgo de volver a quedarte tirada.

Violet estaba a punto de protestar, pero Carter ya se había dado la vuelta y se dirigía hacia su camioneta, ignorándola. Escuchó los ladridos de Mila al otro lado de la verja y miró en su dirección. La perrita estaba traspasando la valla por un agujero que había, justo al lado de la puerta.

—¡Eh, por favor! —gritó, sintiéndose ridícula por tener que suplicar algo a un desconocido.

El cowboy levantó la mano a modo de despedida, se subió en su camioneta y comenzó a alejarse por la carretera sin siquiera mirar por el retrovisor. Violet sintió cómo la vena de la frente comenzaba a hincharse, mientras internamente se decía a sí misma que “aquel tipo era un auténtico desvergonzado”. En ese momento, mientras veía los focos traseros de su camioneta desapareciendo en la lejanía, Violet se dijo a sí misma que conseguiría el dinero para la reforma, fuera como fuese, y que contrataría al que fuera la competencia directa de ese tal Carter Hughes. Intentaba contener la rabia que la carcomía internamente, pero le costaba horrores. Violet siempre había sido una persona muy sentida —y rencorosa—.

—Respira hondo, Violet —se dijo a sí misma mientras se subía en su coche para dar ese largo paseo—. No empieces tu primer día en Marble Falls de mala manera.

Subió a Mila al asiento del copiloto y se recorrió el pueblo por completo, recorriéndose cada esquina y cada rincón para poder familiarizarse con aquellas calles a las que, al menos durante la próxima temporada, denominaría “hogar”. Había bastantes cafeterías, ferreterías y demás negocios. La verdad es que, teniendo en cuenta lo pequeño que era y los pocos habitantes que tenía —dudaba que pasase el umbral de cinco mil—, el pueblo no estaba nada mal. Era bonito y tenía ambiente. Vida. Por sus calles se respiraba un ambiente familiar que dotaba al lugar de cierto encanto. A Violet le pareció que, allí, todos se conocían muy bien. Se dio cuenta de que la mayoría de los transeúntes con los que se cruzaba se quedaban mirándola con curiosidad y supuso que, por aquellos lares, no debía de ser muy habitual encontrar a gente nueva.

Antes de regresar a casa, preguntó por algún supermercado. Un hombre de unos setenta años de edad que mascaba tabaco y dejaba el olor de su mal aliento en el aire cada vez que decía una palabra le mandó a un ultramarinos ruinoso que no tenía demasiada oferta de productos. Volvió a preguntar, esa vez a una joven que pasaba charlando animadamente con sus amigas, y recibió las indicaciones necesarias para abandonar Marble Falls y dirigirse al supermercado que había a las afueras del pueblo. Un supermercado de verdad. En la ciudad lo hubieran considerado pequeño y

no unos grandes almacenes, pero para los habitantes de Marble Falls aquel lugar era lo más parecido a un centro comercial que se podía encontrar.

Compró varias garrafas de agua, jabón, comida enlatada y conservas de todo tipo, pienso para su perrita y barritas energéticas. Estaba a punto de dirigirse a la hilera para pagar cuando, de pronto, se fijó en la sección de electrodomésticos. Se dijo a sí misma que no tenía sentido mirar —aún no tenía ni agua, ni luz—, pero guiada por un impulso casi sobrenatural, se deslizó hacia allí. Ni siquiera tanteó la mirada entre los aparatos. Violet se encaminó directamente hacia un pequeño horno que había al final de unos estantes. Sintió que “algo”, “algo” que no sabía nombrar, tiraba de su cuerpo y la guiaba hacia donde debía ir. Era un pequeño horno solar portátil que servía para cocinar sin necesidad de electricidad. Más tarde, mientras esperaba para pagar, se dijo a sí misma que debía de haberlo visto mientras compraba comida y que su subconsciente la había impulsado a comprarlo. Pero la realidad es que había acudido a él como si se hubiera tratado del canto de una sirena.

Leyó la etiqueta de fuera con una sonrisa en el rostro “con unos pocos rayos de sol (incluso en días nublados) y en unos pocos minutos, el interior del tubo alcanza una temperatura de hasta doscientos noventa grados centígrados”. Eso eran cuarenta grados centígrados más de los que era capaz de alcanzar el horno que tenía en su antiguo piso. Sonrió mientras sentía un leve hormigueo en las entrañas y se prometió a sí misma que, a partir de aquel día, empezaría a pelear por sus sueños con uñas y dientes. Violet Ross había llegado a Texas con la intención de olvidar a Carlos, sí, pero también con la clara convicción de reinventarse. Y eso pensaba hacer.

Violet sacó todas las cajas del maletero de su coche y decidió que, por el momento, se instalaría en el salón de su nueva casa. No tenía cama, ni sofá, pero llevaba consigo un colchón hinchable que en más de una ocasión la había salvado de dormir por los suelos. Y en esa ocasión cumpliría con creces su función. Nunca había precisado dormir en él más de dos noches seguidas, pero intuía que, al menos durante una temporada, su espalda tendría que amoldarse a dormir malamente. “Saldré adelante”, se prometió a sí misma mientras observaba los cartones que cubrían el gran ventanal del salón.

La estancia estaba iluminada con velas y un foco portátil que había comprado en el supermercado de las afueras. La batería del foco se recargaba gracias a una manivela que tenía en la parte trasera, lo que hacía que tampoco precisase de electricidad. Tendría que apañárselas con aquellos inventos, aunque decidió que una de sus prioridades sería solucionar el tema de la electricidad y del agua.

Mila se acurrucó junto al colchón y, desde abajo, miró a su dueña. Violet, que siempre había sido una maniática del orden, se dijo a sí misma que debía solucionar aquel desastre que tenía por casa cuanto antes.

Pasó la noche en vela, tiritando de frío. Se sintió tan sola allí, tan perdida, que incluso permitió que Mila se subiera sobre el colchón hinchable. Era consciente de que corría el grave riesgo de que explotara en cualquier momento, y que, si ocurría aquello, tendría que dormir durante una temporada en el suelo o comprar una colchoneta de pilates. Aquellos malditos e incómodos colchones hinchables eran demasiado caros si uno tenía en cuenta los dolores de espalda que dejaban de secuela.

A las seis de la mañana, decidió que había llegado el momento de ponerse en pie. Tenía ojeras, estaba cansada y necesitaba con urgencia una ducha, pero se conformó con lavarse la cara y asearse de la mejor manera posible.

Giró la manivela, encendió las velas y, decidida a ordenar su vida, comenzó a arrancar el papel de las paredes y a meterlo en bolsas de basura. Aquella misma tarde iría a comprar lija y pintura de color beige. A las siete de la mañana, cuando ya había terminado de arrancar el papel del salón y del hall, recibió en el jardín los primeros rayos de sol con su molde de tartas relleno de queso mascarpone, nata, leche, arándanos, huevos y azúcar. Su receta secreta, esa que siempre le decían que era inmejorable.

—El secreto está en la nata —contaba siempre Violet, orgullosa, sin revelar nada más al respecto.

El cielo estaba encapotado con nubes grisáceas que, de vez en cuando, se abrían lo suficiente como para dejar salir unos cuantos rayitos de sol. Pre calentó el horno durante cinco minutos, porque dejarlo diez le parecía un desperdicio de tiempo y energía. ¿Y si empezaba a llover? No, no podía arriesgarse. Metió la mezcla, puso el horno a doscientos grados centígrados y esperó pacientemente los cuarenta minutos de rigor mientras observaba el cielo y rezaba a un Dios en el que nunca había creído para que no se pusiera a llover. Un par de vecinos pasaron por delante del jardín y se quedaron mirándola extrañados. Violet se limitó a sonreír y a decir que “hacía un día perfecto para un picnic”. “Cotillas”, pensó, mientras se decía a sí misma que más le valía empezar a acostumbrarse a los chismorreos de los vecinos, porque en pueblos como aquel eran el pan de



cada día.

Apagó el horno y, expectante, la dejó templarse a temperatura ambiente. Era su tarta. La de siempre. Tenía el mismo aspecto, lo que le resultaba increíble. ¿Cómo diablos había conseguido hacer una tarta de arándanos con los rayos de sol? Le parecía tan primitivo como irreal. Pero, no, no era irreal. No lo era porque tenía la tarta delante de ella.

Se vistió unos vaqueros ceñidos, una camiseta básica y sus deportivas favoritas. Necesitaba calzado cómodo para recorrerse el pueblo entero a pie.

—Hoy me esperas en casa, Mila —dijo, sonriente, mientras se despedía de su perrita—. Tengo que conseguir un trabajo sea como sea, así que deséame suerte.

Mila ladró y Violet se tomó aquella respuesta como un chute de energía positiva. La gente no solía tener muchas expectativas en ella, pero sabía que Mila la veía como a una “diosa”. Era increíble el amor tan sincero, puro e inocente que aquel animal podía llegar a procesarle.

Caminó hasta la primera cafetería, respiró hondo y, cargada con su tarta de arándanos, se adentró en ella. Era un sitio pequeño, pero acogedor. Se fijó en que en la barra no había pasteles ni dulces, solamente unas galletas que parecían llevar varios días allí. Decidió que había llegado el momento de armarse de valentía y de emplear todas las artimañas que había aprendido durante su época como agente inmobiliaria.

—¿Hola? —preguntó en voz alta, en busca de alguien.

La cafetería estaba totalmente vacía. Allí no había nadie.

—¿Hola? —repitió—. ¿Hay alguien?

Un hombre de mediana edad, vestido con un delantal que decía Karol’s Coffe apareció tras la barra. Sonrió a Violet con cara amigable y la invitó con un gesto a tomar asiento frente a él.

—Perdona, estaba en la cocina —se excusó—. ¿Café?

Violet decidió que debía tomarse su presentación con calma y asintió de la misma, devolviéndole la misma sonrisa amigable.

—¿Eres nueva por aquí? —preguntó él—, no me suenas mucho... ¡Ah, no! ¡Qué cabeza! —exclamó de pronto, golpeándose con el mango de la cafetera en la frente—. Eres la hija de Becky Bryan, ¿verdad? No sé cómo no te he reconocido...

—En realidad, estabas en lo cierto —se apresuró a aclarar la joven—. Me llamo Violet Ross y acabo de mudarme a Marble falls.

El hombre torció el gesto.

—¿De verdad? ¿No eres la hija de Becky?

Violet negó.

—De verdad. No lo soy.

Él se rio a carcajadas y ella, confusa, le acompañó. No le encontraba la gracia al asunto, pero como agente inmobiliaria había aprendido que, si esperabas vender, el cliente debía empatizar contigo. Tenías que caer bien, aunque fuera falsamente.

—¿Y qué te ha traído hasta Marble Falls? —inquirió con curiosidad mientras le servía el café en la taza.

Violet se echó dos azucarillos y lo removió.

No le gustaba el café solo, pero tampoco le apetecía andarse con rodeos así que optó por no pedirle leche. Cuanto antes llegara al meollo de la cuestión, mejor.

—La verdad es que andaba buscando un nuevo comienzo y este pueblo me pareció el sitio idóneo para comenzar.

Él asintió.

—Es un buen pueblo —aseguró—. Con buena gente.

Violet se quedó callada mientras él se servía una taza de café a sí mismo. Parecía necesitar conversación y sospechó que, por fin, podía poner en táctica su estrategia de venta.

—Esto está bastante vacío, ¿no? —inquirió con curiosidad, fingiendo sorpresa.

—Estamos pasando una mala época por aquí —explicó antes de darle un par de golpecitos a la barra de la cafetería—. Pero no es la primera ni será la última. De todo se sale.

—Vaya, lo siento...

—No lo sientas, guapa. Las cosechas están saliendo mal y los ranchos no están dando demasiados beneficios.

—¿Qué se cultiva por aquí? —preguntó, sintiéndose una auténtica ignorante.

—Maíz, algodón, nueces... Pero, sobre todo, trigo —explicó—. Cuando la situación remonte, la cafetería volverá a ser lo que era.

Violet quitó el papel de plata en el que había envuelto el molde de la tarta y sonrió.

—¿Le apetece un trozo? —murmuró con inocencia—. La he hecho esta mañana. Es tarta de arándanos, casera. Según me suelen decir, la mejor receta jamás probada.

Él, cuyo nombre aún no se había revelado, frunció el ceño.

—¿Y llevas la tarta contigo a todas partes?

Violet se rio tontamente, sin dejar de lado ese aire inocente.

—No, en realidad, quería ofrecerla en las cafeterías de Marble Falls —explicó—. No tengo trabajo y necesito conseguir ingresos, así que mi idea es ofrecer mi tarta a las cafeterías. Creo que gustará bastante.

Él se quedó mirándola, boquiabierto, sin saber qué decir.

—No puedes hacer eso —sentenció de forma radical—. La cosa ya está lo suficientemente mal como para que vengas a complicarlo más.

Violet le miró fijamente.

—No pretendo complicar nada —dijo con rapidez—. ¿Quieres un cacho? Me encantaría que la probases —repitió, sonriente—. Puede que un buen trozo de tarta casera para acompañar el café anime a los habitantes de Marble Falls a pasarse por aquí. Pruébala —insistió—. Te gustará.

El propietario del Karol's Coffe no sabía qué responder. Que el resto de las cafeterías ofrecieran un producto nuevo con el que cotillear haría que su ya escasa clientela se marchase a la competencia. Aquel asunto no le gustaba en absoluto. Sabía muy bien cómo eran los habitantes del Marble Falls; ¿una chica nueva que se muda al pueblo y que hace tartas? Todos iban a querer probarlas, aunque después resultasen las más asquerosas del mundo.

Sacó dos platos de un armario que tenía a su espalda y le tendió un cuchillo y una paleta. Violet sirvió dos porciones, una para él y otra para ella. La de él era una porción decente, aunque para ella solamente se había servido un par de cucharadas. Si tenía que utilizar esa estrategia en cada cafetería de Marble Falls, se quedaría sin tarta en un abrir y cerrar de ojos y se vería obligada a regresar a su casa rodando. Y no quería eso, no.

Se quedó mirándole fijamente mientras probaba la tarta, expectante por conocer su reacción.

—Mmm... vaya, está realmente buena —admitió.

Violet ensanchó una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. ¡Bien!

—Pero con los ingresos que tengo no puedo permitirme pagarte —añadió con rapidez para que la joven no se hiciera falsas ilusiones—. Lo siento mucho.

—¿Y qué te parece si hacemos una cosa? —inquirió mientras una bombilla se iluminaba en su mente—. La primera tarta es gratis, y si ves que funciona y atrae clientes... Hablamos de

negocios.

El dueño pestañeo varias veces, justo antes de llevarse otro pedazo de la tarta de arándanos a la boca. Violet le dio un sorbo al café, pero le pareció que estaba imbebible. Jamás había tolerado el café solo.

—Está bien, pero... Si funciona, ¿por cuánto saldría cada tarta?

La joven intentó hacer unas cuentas rápidas: por ahora solamente gastaba en mano de obra y en ingredientes, pero si las cosas iban bien esperaba dejar el horno solar de lado y poder adquirir uno de verdad. Entonces tendría que contar con el gasto eléctrico, claro, y con sacar algo de beneficio. Lo suficiente como para sopesar la posibilidad de hacerse con un local decente y abrir su propio obrador. Su propia tiendita de tartas para llevar.

—Todo a su tiempo... Primero, lo primero. Después el precio, ¿le parece?

Él titubeó, pero después de llevarse un tercer trozo a la boca, asintió.

—Está bien. Me parece un buen trato —dijo al final, muy serio—. Me llamo Dean, por cierto.

Violet volvió a envolver la tarta con el papel de plata y, felizmente, decidió que había llegado el momento de probar suerte en la siguiente cafetería.

—Un placer, Dean. Nos vemos mañana —dijo, antes de abandonar Karol's Coffe con una sensación de plena felicidad.

Se recorrió a pie todo Marble Falls con su tarta de arándanos. En total, consiguió sacar de ella diez porciones decentes que engatusaron a ocho de esas cafeterías. De esas ocho, cinco compraron directamente dos tartas diarias, con otra de ellas llegó al mismo acuerdo que Dean y, con las dos restantes, quedó en que los pedidos irían sobre la marcha, en función de los clientes.

Cuando regresó a casa, agotada, con los pies doloridos y con ganas de una ducha, sintió deseos de llorar. Nunca en su vida había llegado a sentir un cansancio tan extremo, y recordar que no tenía agua para darse un baño ni electricidad para calentarse un vaso de leche, no contribuyó a que su depresión mejorase. Después, recordó que la mañana no había estado nada mal; su negocio comenzaba a funcionar. Y sonrió. Violet sonrió. Por primera vez en todos aquellos años, sentía que por fin había cogido las riendas de su vida.

Mila se acurrucó en sus pies y, Violet, cansada, se permitió cerrar los ojos unos instantes. Tenía muchísimo trabajo por delante: hacer la compra y preparar un sinfín de tartas. Su plan de comprar pintura y comenzar a darle un lavado de cara al salón tendría que esperar... Y, las tartas, también. Sin pretenderlo, cerró los ojos y se quedó dormida.

Eran la siete de la mañana y Violet tenía trece tartas sobre una improvisada mesa del salón. Se había pasado la tarde entera del día anterior cocinando y la noche al completo limpiando los utensilios y preparando su pequeño horno para la siguiente tanda. Se sentía exhausta, pero aún así sacó energías para cargar, una a una, todas las tartas en la parte trasera de su coche. A las siete de la mañana, Violet comenzó el reparto. Tenía los ojos llorosos y le picaban, pero se obligó a mantenerse despierta. No podía dormirse porque, cuando regresara a casa, debía de empezar con la siguiente horneada de tartas. Sí, era una auténtica locura. Se había metido en una espiral terrible, porque el maldito horno solar no funcionaba por la noche y debía dejar todo hecho antes de que el sol cayera. Además, las últimas tartas que había hecho no habían salido con la misma buena pinta que las primeras; pero esperaba que aquel detalle pasara desapercibido entre los propietarios de las cafeterías de Marble Falls. Cuando por fin dejó cada una de ellas donde correspondía, sonrió. Regresaba a casa con su primera paga como trabajadora emprendedora y eso le proporcionó un pequeño chute de energía.

Condujo por la carretera principal muy despacio. Los párpados le pesaban y cada vez le costaba más mantenerse despierta. Encendió la radio a pleno volumen en el preciso instante en el que su amiga Molly la llamaba al móvil. No escuchó la llamada. En realidad, ni siquiera llegó a escuchar una canción entera antes de quedarse dormida al volante.

Se despertó cuando el frente de su coche colisionó de forma estrepitosa contra un semáforo en rojo. Violet llevaba el cinturón puesto, pero aún así su frente chocó contra el volante, dejándola aturdida en el momento del impacto. El claxon del vehículo empezó a sonar de forma alarmante, devolviéndola a realidad. Se soltó el cinturón mientras sentía los cristales de su luna delantera clavándose en las palmas de sus manos. Gritó al pincharse, pero aún así terminó de desabrocharlo y salió del coche medio arrastras.

—¿Estás bien? ¡Eh, oye! ¿Estás bien?

Alguien la agarró por los hombros, agitándola de forma nerviosa. Cuando Violet consiguió recuperar la nitidez de su visión, se dio cuenta de que el hombre que tenía delante no era ningún desconocido. No, era Carter Hughes. El simpático mecánico.

—Estoy bien —refunfuñó de malas formas, procurando zafarse de sus manos.

—Te has dado un buen porrazo, chica... —le advirtió—. Creo que deberías dejar que...

—Estoy bien —repitió de nuevo, sin ocultar su desagrado—. Se llevó la mano a la cabeza, al lugar en el que se había golpeado, y notó cómo un hilillo de sangre se desprendía por su rostro.

Después miró su coche.

Estaba empotrado contra el semáforo, destrozado.

No sabía cuánto podía costar la reparación, pero intuía que le saldría por un ojo de la cara. Además, ¡lo necesitaba! ¿Cómo iba a repartir sus tartas sin coche?

—¡Oh, mierda, mierda! —exclamó, tapándose el rostro con ambas manos antes de echarse a llorar.

El odioso mecánico volvió a acercarse a ella.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

Sacudió la cabeza en señal de negación.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Qué quieres que haga?

Violet sintió como su paciencia se agotaba.

—¡Qué te marches! —gritó, desecha en un mar de lágrimas.

Escuchó cómo el chico refunfuñaba algo incomprensible mientras se alejaba de ella, y en ese momento, se arrepintió de haberlo espantado de esas formas. Era más que evidente que no estaba en su mejor momento y que necesitaba ayuda.

Levantó la cabeza dispuesta a suplicarle, pero se sorprendió al comprobar que no se estaba marchando, sino que se dirigía a su aplastado coche. Le vio sacar los papeles de la guantera y marcar el número del seguro. Violet pestañeó, preguntándose por qué diablos estaría ayudándola si no la soportaba.

Volvió a llevarse la mano a la cabeza. Le dolía horrores y seguía sangrando. Intentó levantarse para ir a buscar un pañuelo que tenía en los asientos traseros del coche, pero se mareó y volvió a sentarse.

—Toma —dijo Carter.

Violet levantó la cabeza y le vio quitándose la camiseta frente a ella. Se quedó blanca al descubrir que, debajo de aquellos trapos, se escondía un torso fuerte, sudoroso y musculado. Necesitó parpadear varias veces para apartar la mirada de él y regresar a la realidad.

—Póntelo en la cabeza, así dejarás de sangrar —añadió al ver que la chica no reaccionaba—. No es profundo, así que no creo que necesites puntos.

—Vale —murmuró sin saber qué decir.

—He llamado a la grúa y están de camino. No sé si te parecerá bien, pero les he dicho que trasladen el coche al taller —explicó—. Esperemos que ese viejo trasto tenga arreglo.

Violet ni siquiera sabía qué decir.

Eso era más de lo que podía pedir.

—No tengo...

Él la interrumpió.

—No te preocupes por el dinero ahora, ¿vale? Vamos a ver si te recompones primero, ¿bien?

Levantó la cabeza, incrédula, preguntándose por qué diablos estaba siendo tan amable con ella si en el fondo sabía bien que no la soportaba. Se lo había dicho muy claramente el día anterior.

—Vale —consiguió decir, sin dejar ni un segundo de llorar.

Violet no era esa clase de chicas que solía mostrar sus sentimientos en público, menos aún delante de un chico como Carter Hughes. Pero no podía parar. Estaba... confusa, perdida y destrozada. Sentía que, de golpe y porrazo, todos sus sueños acababan de desvanecerse frente a ella. Y si a todo eso le sumabas el buen golpe que se había llevado en la frente. Pensó en Mila y se alegró de que, aquella mañana, no la hubiera llevado con ella a repartir las tartas.

—Vamos, te ayudaré a subirte en la camioneta —dijo, deslizado un brazo por su espalda—. Pasaremos por el taller a por un botiquín y después te acompañaré a tu casa.

Violet, simplemente, asintió con la cabeza mientras dejaba que Carter la levantase en el aire. La ayudó a sentarse en el asiento del copiloto y, aún con la camiseta del chico en la frente, se recostó hacia atrás mientras intentaba recuperarse del susto y del disgusto. Cuando se encontró mejor, volvió a desviar la vista hacia él. ¡Dios Santo! ¡Era guapísimo! Y, ¿por qué no decirlo? ¡Estaba de escándalo!

Intentó desviar la mirada hacia el exterior, pero no fue capaz. No podía dejar de mirarle. También intentó pensar en qué sería de su vida ahora que había perdido —al menos por una temporada—, su coche, pero ni siquiera consiguió centrarse en ese importante punto de su vida. No. Carter

Hughes conducía concentrado, sin camiseta, con el ceño fruncido y..., las vistas de Violet eran demasiado provocativas como para ignorarlas.

Detuvo la camioneta frente al taller. Violet vio que sobre el garaje —era un garaje amplio y grande— había un cartel enorme que rezaba “talleres Hughes”. Carter se bajó de la furgoneta y desapareció en el interior. Unos minutos más tarde, salía con el botiquín en la mano.

—¿Vas a tardar mucho? —gritó alguien tras él.

El guapo cowboy ni siquiera se giró.

—¡No cuentes conmigo! —exclamó, justo antes de guiñarle un ojo a Violet.

La chica sintió cómo algo se le removía en las entrañas.

—Ya he avisado de que llevarán tu coche al taller —explicó nada más subirse—. Así que puedes estar tranquila. Y he pensado que, ya que no quieres ir al hospital, lo mejor será que hoy me quede contigo para vigilarte. No creo que te convenga estar sola.

—¿Yo he dicho que no quiero ir al hospital? —preguntó, confusa.

Los segundos después del accidente los tenía un poco confusos, pero no le sonaba haber dicho nada parecido.

—Algo así. Pero si lo prefieres puedo llevarte.

No lo decía a malas. Más bien, lo contrario.

Violet sonrió mientras sacudía la cabeza de lado a lado.

—Tengo mucho trabajo y no puedo perder el tiempo en una sala de espera —sentenció, apenada, mientras se preguntaba cómo diablos se las ingeniaría para sacar adelante el pedido de tartas que le habían hecho.

—No creo que sea un buen día para trabajar...

Carter puso la camioneta en marcha y se reincorporó a la carretera. La casa de Violet no estaba demasiado lejos, así que ni siquiera se molestó en atarse el cinturón de seguridad. Conocía las carreteras de aquel pueblo como la propia palma de su mano y, además, sabía de sobra que el alguacil del pueblo no se ponía en marcha hasta pasadas las doce del mediodía. El señor Smith era un pobre borracho al que los vecinos no habían retirado del puesto por compasión, pero era más que evidente que hacía bastantes años que Marble Falls era un pueblo sin ley —y, gracias a Dios, sin apenas delincuencia—.

Detuvo el coche frente a la casa de Violet. La joven salió con lentitud y, para cuando consiguió pisar suelo firme, Carter ya había dado la vuelta y estaba su lado.

—¿Sigues mareada?

Ella negó con la cabeza, aunque en el fondo sí que seguía un poco confusa.

Cruzaron el jardín y entraron en el interior de la vivienda. Mila se apresuró a saludar a su dueña, enroscándose entre sus piernas mientras movía el rabo de forma frenética. Violet pensó que aquella mañana la saludaba con más efusión que de costumbre, pero después pensó que debía de ser casualidad. ¿Cómo iba a intuir Mila que había tenido un accidente?

—Son muy listos, ¿verdad? —inquirió Carter mientras se adentraba en el salón sin pedir permiso ni preguntar—. Son capaces de sentir nuestra ansiedad, de presentir cómo nos encontramos.

Carter contempló la estancia; el colchón hinchable, el cartón que tapaba el hueco vacío que había dejado la cristalera, las paredes con el papel arrancado y las cajas de la mudanza esparcidas por doquier sobre una madera roída y desgastada.

—No es un hotel de cinco estrellas, pero tiene un techo bajo el que vivir.

Carter se giró hacia ella.

—Violet, ¿no?

Ella asintió.

—¿Qué plan tienes, Violet?

Frunció el ceño, extrañada.

—No te entiendo.

—¿Qué esperas hacer? ¿Cuál es tu plan?

Ella cogió aire y, derrotada, deslizó su espalda por la pared hasta terminar sentándose en el suelo. Respiró profundamente y miró al desconocido que tenía frente a ella, preguntándose por qué diablos se estaría implicando en ayudarla. O, simplemente, por qué diablos se estaría interesando por su vida. Decidió que había llegado el momento de abrirse y sacarlo todo fuera. Le contó la idea que tenía sobre abrir un obrador, le explicó que estaba allí para empezar de cero, para reinventarse, para ser una nueva Violet a la que hasta ahora había sido. Y se sinceró. Evitó, como cabía esperar, nombrar a Carlos o a cualquiera de sus exnovios. También evitó contarle todos los problemas que arrastraba desde su infancia y, por supuesto, no mencionó ni una sola vez la palabra “filofobia” ni ningún término similar. Se sorprendió al comprobar que Carter la escuchaba pacientemente, sin interrumpirla ni juzgarla, y cuando terminó, se sintió vacía. Limpia y relajada. Como si acabara de vomitar todo lo que le revolvía las entrañas.

—Bueno, veamos... ¿Alguna vez has escuchado eso de que “los problemas se solucionan de uno en uno”?

Violet sonrió.

—El problema es cuando se apelotonan. Entonces es mejor esconder la cabeza bajo tierra, como un avestruz.

Carter Hughes no estuvo de acuerdo con ella.

—De uno en uno —repitió con una vocecilla melódica que le restaba peso al asunto—. Para empezar, el tema del coche no debe preocuparte. Te dejaré mi camioneta y cogeré alguno de los que tenemos para sustituciones en el taller.

Violet pestañeó, incrédula.

—No puedo aceptarlo. No tengo dinero como para...

—He dicho que te lo presto, no que te lo alquilo —la interrumpió, dejando ese aspecto claro—. Segundo, el tema de la casa. Según lo veo... Eso de utilizar un horno solar es muy ecológico, y estoy seguro de que los activistas te estarán eternamente agradecidos, pero... No lo veo práctico. Creo que el tema de la electricidad —dijo, señalando el foco con manivela que había comprado en el super—, urge que se resuelva cuanto antes. No puedes seguir así.

Violet, rendida, asintió en el preciso instante en el que una punzada de dolor se instalaba en su cabeza. Entonces recordó el golpe que tenía en la frente y el accidente. Había caído agotada al volante, cosa que nunca antes le había sucedido.

—Vamos a curar ese corte antes de que se ponga peor, ¿vale? Y después hablamos —dijo Carter, cogiendo el botiquín y acercándose a ella—. No tiene muy buena pinta... Pero no creo que se vaya a infectar.

Sacó un trapo, lo mojó en agua y limpió la sangre seca que se había formado como una costra alrededor de la herida. Violet tragó saliva mientras el chico, que seguía sin camiseta, se cernía sobre ella para desinfectar bien la zona. Después colocó unos puntos de papel, de esos de aproximación, y se quitó los guantes para tirarlos a la basura.

—¿También eres enfermero?

Carter soltó una risita traviesa que a Violet se le antojó irresistible.

—Digamos que tengo experiencia en cuanto a golpes, cortes, heridas, rozaduras, roturas y esguinces —admitió, riéndose—. Ya sabes, una infancia cargada de adrenalina.

—Compadezco a tu madre —se rio Violet.

Aunque nada más decirlo, se arrepintió.

Violet no solía bromear con esas cosas, principalmente porque ella no había tenido padres. Bueno, en realidad, sí. Había tenido muchos padres de acogida, pero ninguno de ellos había llegado a significar nada lo suficientemente importante. Cuando el rostro de Carter se ensombreció al escuchar aquello, Violet sintió cómo algo punzante le revolvía el estómago. Por un instante, pudo verse identificada en Carter y en su gesto.

—Ahora que hemos solucionado lo de la herida... Pasemos al siguiente problema.

La joven fue consciente de que cambiaba de tema a propósito.

—¿Vas a arreglar mi vida?

—Solamente lo que está en mis manos y lo que puedo permitirme. El resto es cosa tuya.

Violet intentó ponerse en pie, pero, de pronto, volvió a sentir otra fuerte punzada de dolor que le recorría la cabeza y se instalaba en su cerebro. Carter se arrodillo frente a ella y, sin siquiera preguntar, la cargó en sus brazos.

—Y mientras yo hago todo eso que puedo permitirme y que está en mis manos, tú vas a tumbarte en ese colchón de mala muerte que tienes por cama y vas a descansar un rato, ¿te parece bien?

La dejó con cuidado sobre la cama mientras ella, confusa, se sentía como una niña pequeña. Inválida, indefensa e inútil.

—¿Y por qué vas a hacerlo? ¿Por qué vas a ayudarme?

No tenía ningún sentido.

—Verás, guapa... No sé cómo se harán las cosas en la ciudad, pero, aquí, en Marble Falls, nos cuidamos los unos a los otros.

Violet sintió la necesidad de rebatirle.

De decirle que, por naturaleza, el ser humano no era solidario, sino egoísta y cruel. Que la gente siempre solía tener razones ocultas para ayudar a los demás y que, aunque creía firmemente que existían las buenas personas, también sabía a ciencia cierta que solían escasear. Quizás, en toda su vida, había llegado a tropezar con dos o tres. Pero no tenía fuerzas para discutir. Sin darse cuenta, sentía cómo el sueño la iba arrullando lentamente. Mila le lamió los dedos en el preciso instante en el que, luchando contra sí misma, cerró los ojos y se sumió en la oscuridad.



Se despertó desorientada, sin saber muy bien dónde estaba ni cómo había llegado hasta aquel lugar. Lo primero que vio nada más abrir los ojos fue un cable con una bombilla colgando del techo. La bombilla estaba encendida. Pestañeó varias veces, adaptando su visión a la tenue luz del ambiente mientras observaba aquello que la rodeaba. Mila estaba a su lado, escondida entre las cajas aún sin vaciar que había empacutado antes de abandonar su antiguo hogar.

—Pero, ¿qué demonios...?

Se levantó de un salto sin poder creer lo que estaba viendo. ¡Tenía luz! ¡Había una bombilla encendida encima de su cabeza!

Soltó un grito de emoción y, sin siquiera ser consciente, comenzó a dar saltos de alegría. ¡Tenía luz! ¡Tenía electricidad!

Carter Hughes soltó una carcajada, captando la atención de Violet. Estaba apoyado sobre el umbral del salón, observando cómo la joven brincaba de felicidad.

—He pinchado la luz a la farola del final de la calle —explicó, riéndose—. No creo que en la compañía eléctrica del ayuntamiento se den cuenta, pero por si acaso, te aconsejo solucionar el asunto y legalizarlo todo cuanto antes.

Violet no supo si reír, llorar o si lanzarse a sus brazos. Al final, optó por una mezcla de las tres. Riéndose a pleno pulmón, con los ojos empañados en lágrimas, saltó sobre Carter Hughes sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo. La joven no estaba acostumbrada a aquellas muestras de afecto, y menos aún a que salieran de ella. Pero la ocasión lo merecía.

—No sé cómo voy a agradecerte todo esto —le dijo al cowboy con una sonrisa sincera en la mirada.

—No tienes por qué agrade...

Pero Carter no fue capaz de terminar la frase.

De pronto, se encontró con que los labios de Violet presionaban salvajemente los suyos. Mila soltó un ladrido que ambos jóvenes ignoraron mientras que, apasionadamente, continuaban besándose. Carter se había vestido, aunque Violet no tardó demasiado en arrancarle la camiseta. Lo desnudó en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar de devorar su boca ni por un instante. No pensaba en lo que estaba haciendo, simplemente actuaba. Se sentía guiada por un instinto primitivo y animal. Un instinto salvaje que la impulsaba hacia Hughes. Él, al principio, parecía confuso. Después decidió dejarse llevar sin pensar en nada más. Cuando lo hubo desnudado por completo, se separó un par de centímetros y lo miró fijamente, repasándole con la mirada de forma descarada. Carlos había sido una bomba sexual en la cama, pero arriesgándose y adelantándose a varios aspectos importantes, adivinó que Carter podía llegar a ser mucho más provocativo e intenso. Tenía algo que hacía vibrar a Violet de pies a cabeza, nublándole la cabeza y la visión. Comenzó a desnudarse con mucha lentitud. Según su experiencia sexual, que no había sido escasa, Violet sabía que a los hombres les encantaba ponerse nerviosos. Les encantaba el juego mucho más que el acto en sí mismo. Tiró de su camiseta y se la sacó por la cabeza sin apartar su visión de él. Notó cómo Carter se endurecía al mirarla y eso la excitó todavía más. Aunque intentó estirar cada segundo, quitándose cada prenda de su cuerpo con lentitud, al final no pudo evitar acelerar el ritmo. Estaba deseando abalanzarse sobre él.

Carter la recibió con los brazos abiertos. Recorrió su suave piel con la yema de los dedos,

aguantando la respiración cada vez que su entrepierna rozaba la ropa interior de ella. Su cabello negro y ondulado rozó su nariz. Aspiró el aroma de su champú; olía a coco y a vainilla. La estrechó entre sus brazos, aupándola. Sintió el cuerpo de Violet frágil y menudo, como si pudiera romperse. Pero, a su vez, la joven le transmitía tanta fuerza como un huracán. Carter Hughes comprendió en ese instante lo peligrosa que era aquella chica; aunque no la conocía demasiado, podía intuir que era el tipo de chica capaz de arrasar con todo lo que estaba a su alcance, llevándose por delante todo sin dejar siquiera los escombros.

Violet apartó su ropa interior con suavidad y, sin pedirle permiso, se hundió lentamente, permitiéndole entrar en su interior. Él la empujó contra la pared, la sujetó por las caderas y comenzó a embestirla. Se fijó en sus pechos, pequeños, tersos, firmes, subiendo y bajando al son de sus movimientos. Violet echó la cabeza hacia atrás y gimió, mientras él continuaba empujando con más fuerza. La besó el cuello y le acarició los pezones con la lengua. Sintió cómo su cuerpo temblaba de placer y tuvo que concentrarse para no explotar antes que ella. Violet era... magia. O eso mismo pensó Carter Hughes cuando la vio alcanzar el éxtasis entre sus brazos. Sudando, la dejó caer en el suelo firmemente.

Violet agradeció el gesto y que no intentase alargar el momento, buscando en aquella pequeña escena sexual algo más. Algo romántico que, desde luego, había sido inexistente. Se miraron fijamente sin saber qué decir hasta que, finalmente, fue él quien decidió romper el silencio.

—Creo que esta ha sido una muy buena forma de darme las gracias —admitió con una tímida sonrisa.

Ella soltó una risita.

—Gracias a ti por... todo —dijo, señalándose y señalando el techo—. No puedo creer que tenga luz.

—También tienes horno... He conseguido hacer funcionar el viejo trasto que la señora Weaver tenía en la cocina, aunque no puedo asegurarte que no vaya a colapsar más pronto que tarde.

Violet pestañeó con incredulidad.

—No puede ser verdad... —murmuró, consternada.

Carter asintió muy serio.

—Así es... Puedes comprobarlo tú misma —añadió, señalando la cocina.

Violet se quedó paralizada unos segundos, pero, al final, salió escopetada hacia la cocina. Entró como un torbellino y encendió el horno con rapidez, sin poder creer que... ¡Sí, funcionaba! ¡Encendía!

—Se le escapa el calor por el mango de apertura, así que tendrás que poner un trapo bien atado ahí para retenerlo —le advirtió, incapaz de contener la sonrisa tonta que le provocaba ver a esa chica tan... feliz—. Pero te aguantará. Al menos, por esta noche.

Ese último comentario obligó a Violet a volver a la realidad y a ser consciente de que, en pocas horas, tendría que entregar la siguiente tanda de tartas a las cafeterías del pueblo. Cogió aire mientras se decía a sí misma que no debía perder los nervios. Podía hacerlo. Es más, lo haría. Lo conseguiría. Tenía electricidad y un horno amplio en el que, en cada tirada, podría meter tres moldes. No tardaría demasiado en tenerlo todo listo.

—Creo que por hoy no puedo ayudarte mucho más... —dijo Carter, a modo de despedida.

Se había puesto los calzoncillos, aunque seguía desnudo. Miraba a la chica con una sensación extraña en su interior; al principio le había causado una muy mala opinión, pero, en ese momento, la veía diferente. La veía como una joven que gritaba ayuda a pleno pulmón sin que nadie se parase a escucharla. Como si a su alrededor no hubiera nadie: ni familia, ni amigos...

—Has hecho más que suficiente —susurró con voz seductora.

Carter sintió una punzada en el pecho cuando su mirada se encontró con la de ella.

—Creo que tengo que irme —dijo justo antes de abandonar la cocina de forma brusca y apresurada.

Se vistió con rapidez, recogiendo de forma acelerada cada prenda esparcida por el suelo del salón. Violet seguía en la cocina cuando estuvo listo para marcharse, así que regresó a despedirse.

—Te dejo las llaves en la encimera.

Ella sacudió la cabeza en señal de negación, todavía preguntándose por qué. ¿Por qué la ayudaba? ¿Por qué se implicaba tanto? ¿Por qué?

—Buenas noches, Violet —susurró, antes de marcharse.

Unos segundos más tarde, la joven escuchó la puerta de su nueva casa cerrándose de un portazo. Se quedó en silencio, inmóvil, intentando recrear cómo sonaba su nombre en los labios de él. Violet se había acostado con muchos hombres desde que perdió la virginidad en su adolescencia, y debía confesar que ninguno de ellos le había dejado esa sensación de vacío en su interior. Observó las llaves que reposaban encima de la encimera mientras intentaba mantener bajo control todos los sentimientos nuevos e incomprensibles que se amontonaban en su interior. Acarició la piel de su antebrazo con los ojos cerrados, recordando cómo había sentido las caricias de aquel chico en su piel. Después, sacudió la cabeza y se dijo a sí misma que había llegado la hora de ponerse manos a la obra, sin pensar.

Se despertó aturdida.

Una vez más, había dormido poco; aunque las horas que lo había hecho habían sido profundas y reparadoras. Envolvió las tartas en papel de plata y las cargó en la camioneta de Carter Hughes con una sensación extraña. Se sentía rara cogiendo el coche de otra persona, principalmente porque nunca había conducido ningún vehículo ajeno a ella. Violet se defendía bastante bien al volante, pero aún así la marcha atrás se le daba mal. Era algo a lo que no terminaba de cogerle el truco y que solía evitar si tenía otra opción. Encendió el motor y, temerosa de poder hacerle algún rayón de forma inesperada, desparcó con cuidado. Sentía que llevaba entre sus manos el volante de un Ferrari.

—Venga, vamos allá —murmuró.

Mila ladró desde el jardín, despidiéndose de su dueña. Empezó por la parte más lejana del pueblo y terminó por el Karol's Coffe. Dean la saludó al cruzar la puerta mientras, curioso, asomaba la cabeza y señalaba su nuevo método de transporte.

—Veo que ya conoces a los Hughes... Buenos chicos, un poco problemáticos, pero buenos chicos.

—¿Problemáticos? —repitió Violet, sorprendida.

—En realidad, ya no —explicó Dean con una sonrisa nostálgica—. Pero en su adolescencia fueron duros de roer. Ya sabes, muchas borracheras y peleas de chavales.

—Menos mal que maduraron, ¿no? —se rio Violet, sin darle demasiada importancia a los comentarios de Dean.

—La verdad es que sí. O, mejor dicho, menos mal que superaron la muerte de su madre... Creo que eso les afectó demasiado —continuó cotilleando Dean—. ¿Quieres un café?

Si el tema de conversación hubiera sido otro cualquiera, Violet hubiera rechazado la propuesta alegando que tenía prisa. Pero aquello le interesaba especialmente, así que asintió sin dudar.

—Con leche, por favor.

Dean le sirvió un café con leche y un pedazo de la tarta de arándanos que ella misma había hecho.

—Creo que voy a aumentar el pedido —señaló Dean—. Con una empiezo a quedarme corto. Está gustando mucho. La gente viene y pregunta si tengo tarta de “la chica nueva” ... Al parecer, empiezas a ser conocida como “la pastelera de la ciudad”.

—Podría ser peor, ¿no? —se rio—. Por cierto, ¿cómo decías que falleció la madre de los Hughes? Creo que no te he escuchado.

—No lo he dicho... Pero por si quieres saberlo, murió atropellada en la carretera principal de Marble Falls. Preston Grant había tomado un par de copas, se saltó un semáforo en rojo y... la atropelló cuando iba a buscar a los gemelos al colegio.

Violet sintió cómo algo se le removía en el interior. Por alguna razón incomprensible, su propia tarta le produjo arcadas y tuvo que contener las ganas de vomitar.

—¿Murió atropellada?

Dean asintió.

—¿Y Carter tiene un gemelo?

El viejo hostelero sonrió.

—Por lo que veo sólo has conocido a uno de los hermanos, ¿no? Pues son prácticamente idénticos, si no fuera por la cicatriz, no los diferenciaría.

—¿Cicatriz? —inquirió, procurando mantener a raya sus sentimientos.

—La cicatriz que Carter tiene en su mano derecha, en la palma. Supongo que no te habrás fijado en ella, pero es enorme —me cuenta Dean como si fuera un dato curioso sin importancia—. Cuando uno de los dos viene a tomar un café se la busco antes de saludar... Ya sabes, para no confundirme.

—¿Carter? ¿Cómo se hizo esa cicatriz?

El rostro de Dean palideció.

—Eso prefiero que te lo cuente otra persona... No me gusta meterme en asuntos que no son de mi incumbencia.

—¡Oh, vamos, Dean! ¡No puedes dejarme así!

Él soltó una palmada, dejando claro con ese gesto que el tema quedaba olvidado y dejado de lado.

—Mañana tráeme dos —dijo, dejándole el importe del último pedido sobre la barra—. Tengo que admitir que te quedan espectacularmente buenas, Violet.

—Gracias —murmuró, distraída, aún con la historia de Carter Hughes rondándole los pensamientos.

Se subió en la camioneta con el bolsillo repleto de ganancias, sintiéndose bien consigo misma. Antes de regresar a su casa, debía pasar por el supermercado para comprar más ingredientes —y muchos, muchos más arándanos—. Aprovechó, de paso, para comprar pintura un par de botes de pintura blanca para los detalles de la fachada, y otro par de botes beige para las paredes del interior. Preguntó presupuestos para las ventanas y decidió que, por el momento, debía conformarse con los cartones que tapaban la cristalera. También preguntó por los suelos. Cambiar el suelo de una casa era algo extremadamente caro —mucho más de lo que Violet había podido llegar a imaginar—. Así que compró lijas y decidió que se encargaría ella misma de repararlo, aunque tardase años en hacerlo. ¿Por qué correr? Aquella era su casa y tenía toda la vida por delante para dejarla como quisiera. Podía hacerlo poco a poco, habitación a habitación. Pero lo que sí que tenía que solucionar con urgencia era el tema de la luz y del tejado. Las goteras que tenía en el piso de arriba le preocupaban bastante, porque poner tejas nuevas supondría un verdadero dineral. Cargó todo en la camioneta de Carter y, cuando se sentó al volante, se sintió extraña. Como si estuviera abusando del buen carácter del chico. Como si no se mereciera que alguien hiciera cosas buenas por ella.

Su móvil comenzó a sonar y, siendo precavida, esquinó el vehículo en la cuneta para contestar. Sin saber muy bien por qué, supuso que sería Molly. Pero estaba equivocada.

—¿Hola? —preguntó mientras activaba el altavoz para poder reincorporarse a la circulación.

Como norma general, solía contestar mientras conducía y activaba el altavoz sin distraerse demasiado. Pero después del accidente, había cogido un poco de miedo a la conducción.

—Buenos días, Violet. Soy el doctor Pierce... ¿Te encuentras bien? Son las once y veinte y...

—¡Oh, Dios! ¡Lo había olvidado! —exclamó, recordando que a esas horas debía de estar ya en la consulta de su psicólogo—. Lo había olvidado por completo... —repitió.

El doctor Pierce carraspeó.

—Algo muy inapropiado en ti. ¿Estás bien? —repitió.

Violet cogió aire profundamente.

—Sí, sí... Por supuesto, estoy muy bien —dijo, aunque no sabía si estaba siendo del todo

sincera—. Lo siento, doctor Pierce, pero creo que tenemos que cancelar nuestras sesiones. Me he mudado a Texas.

Su interlocutor guardó silencio unos largos y tensos segundos antes de responder.

—Violet, esto es del todo inusual. ¿Te has mudado a Texas? Y, ¿cuándo has decidido algo así? El otro día estuvimos hablando y me dijiste que estabas muy contenta con tu vida; el trabajo, tu relación con Carlos... Hoy te olvidas de nuestra cita porque te has mudado a Texas. ¿Cuándo volverás?

—No creo que vuelva, doctor —señaló, sabiendo que él no se rendiría tan fácilmente—. Me he comprado una casa y he comenzado una nueva vida... aquí.

Volvió a hacerse el silencio al otro lado.

Violet tenía prisa por colgar; estaba a punto de llegar a su casa y tenía que descargar todas las bolsas de la parte trasera de la camioneta. Necesitaba tener sus manos libres y, además, no quería perder el tiempo al teléfono con una persona que, seguramente, no volvería a ver en su vida.

—Violet, creo que deberías regresar ahora mismo —señaló el doctor Pierce con voz seria—. Creo que has tenido una crisis y que estás actuando en consecuencia a ella. Comprarte una casa... Todo esto es una locura. Estábamos avanzando muchísimo en las sesiones, así que, por favor...

—Doctor Pierce —cortó, agobiada con todos los quehaceres que tenía por delante—. Siento mucho que no podamos continuar nuestras sesiones. Hasta ahora me ha sido de gran ayuda, de verdad... Pero no voy a regresar y, si he de ser sincera, estoy bien. Más que bien. He comenzado una nueva vida y creo que el cambio ha sido favorable.

Aparcó la camioneta frente a su nueva casa y se quedó mirándola unos segundos. Una sonrisa de satisfacción inundó su rostro. Sí, estaba en ruinas. Sí, no tenía agua. Pero era su casa. Su propiedad. Y se sentía orgullosa de ella.

—Violet, creo que estás cometiendo un terrible error... Todo esto puede derivar en...

La joven dejó de escucharle cuando, de forma imprevista, detectó una sombra a través de una de las ventanas de su casa. Pensó que quizás se lo había podido llegar a imaginar, pero no. No se lo estaba imaginando. Volvió a verla en dos ocasiones más.

—¿Violet? ¿Me estás escuchando?

—Tengo que colgar... —murmuró, con el corazón a mil por hora.

Se bajó de la camioneta con el teléfono en la mano mientras intentaba decidir cómo debía actuar. Podía llamar a la policía, pero en Marble Falls no había más que un alguacil y, por lo que había podido llegar a escuchar, no solía ser de gran utilidad. Podía llamar a Carter o, quizás, a Dean. O podía enfrentarse ella misma al intruso, fuera quien fuese. Cogió aire, armándose de valor, y se dirigió a la parte trasera de la camioneta. Recordaba haber visto una caja de herramientas, así que se dirigió a ella sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo y cogió un martillo cuyo mango sobresalía hacia fuera. Le temblaban las piernas mientras miraba fijamente la casa por si volvía a ver al intruso a través de las ventanas, pero no lo vio. Estaba empezando a cambiar de opinión cuando, de pronto, escuchó un ladrido en el interior de su casa y recordó que Mila estaba allí, adentro. Puede que su psicólogo le dijera que era incapaz de querer o de enamorarse, pero Violet podía poner la mano en el fuego a la hora de afirmar que aquella perrita era su familia. La única que tenía.

Cogió el martillo con fuerza y, armándose de valentía, cruzó el jardín. No se lo pensó dos veces antes de abrir la puerta de un empujón, dispuesta a derribar a quien fuera que estuviera al otro lado. Pero se quedó paralizada al encontrar una estampa totalmente inesperada. No era ningún ladrón, no. Era Carter, y no estaba solo. Mila estaba a sus pies y parecía encantada con la

compañía.

—¿Qué...? ¿Pero...? —inquirió, confusa, aún con el martillo levantado en alto.

Carter frunció el ceño.

—¿Pensabas machacarme con eso? —preguntó.

Ella dejó caer el brazo y, relajándose, suspiró.

—Creí que había un intruso —explicó mientras observaba las escaleras.

Carter Hughes había arreglado todas las tablas sueltas de las escaleras y había reparado la parte más dañada de la escalera. Pestañeó, confusa, sin saber qué decir.

—¿Y esto?

Él sonrió.

—Tenemos un negocio, ¿no? Yo te ayudo a reparar la casa y tú..., bueno, ya me pagarás cuando pongas en marcha ese obrador y salgas a flote.

La joven se quedó boquiabierta, sin saber qué decir.

—¿Lo dices en serio?

Carter sonrió.

—El técnico del consorcio de aguas se pasará esta tarde, así que procura estar por aquí, ¿vale? —le dijo, señalando la cocina—. Te he dejado el número del técnico en la encimera, por si necesitas contactar con él.

Violet asintió, aún confusa.

No entendía nada. Una y otra vez, se preguntaba lo mismo: ¿por qué? ¿Por qué? Se quedaron mirándose muy fijamente, como si ambos pretendieran descifrar los pensamientos ajenos sin tener que preguntar.

—Creo que necesitas un amigo por aquí, Violet, así que... —comenzó a decir Carter, esforzándose por encontrar las mejores palabras—. ¿Qué te parece si empezamos de cero?

Ella aún le miraba boquiabierta, sin poder creérselo.

No sabía si lo decía por lo que había pasado entre ellos la tarde pasada o por el mal comienzo que tuvieron la primera vez que se encontraron. Fuera como fuese, Carter tenía razón. Molly llevaba años a su lado, pero ella ya no estaba y... Necesitaba un amigo en Marble Falls.

—Me parece bien —respondió con una sonrisa antes de alargar el brazo para estrecharle la mano.

Carter Hughes le devolvió el gesto y, al hacerlo, la joven no fue capaz de pasar por alto la cicatriz que tenía. Era grande y estaba muy marcada. Le resultó curioso que no se hubiera fijado antes. Se quedó mirándola unos segundos más de los que debía y, cuando se armó de valor para preguntarle qué era lo que le había pasado, él rompió el silencio.

—¿Quieres que te ayude a descargar la camioneta?

Violet asintió y ambos se encaminaron hacia el exterior de la casa.

Se suponía que, tras descargar la compra, Carter Hughes se marcharía a trabajar al taller. Pero eran las ocho de la tarde y allí seguía, en casa de Violet. Sin haberlo planeado, ambos se habían puesto a pintar el salón de forma espontánea. Y, una vez más, el guapo cowboy lo hacía sin camiseta.

El técnico del consorcio ya había pasado por allí, había dado de alta el suministro y, además, había dejado la primera factura sobre la mesa. Violet se agobió nada más verla, pero que Carter continuase en su casa, distrayéndola, contribuyó a que su penoso estado financiero no la agobiase en exceso. Tendría tiempo para preocuparse por aquellos asuntos después, más tarde, cuando Mila y ella se volvieran a quedar a solas.

—Creo que has escogido un color precioso... No sé, transmite mucha calma.

Violet soltó una risotada.

—En realidad, era el único color que quedaba en la tienda.

Carter dejó de pintar y se giró hacia ella.

—No te creo —replicó en el momento exacto en el que el horno soltaba un pitido.

Violet se rio a carcajadas, alejándose hacia la cocina mientras un extraño y casi desconocido sentimiento se apoderaba de ella. Era felicidad. O, al menos, algo que se le acercaba bastante a la felicidad. A lo largo de su vida había conseguido encontrar un estado de paz mental en bastantes etapas. Es decir, un estado en el que no se había sentido ni bien, ni mal. Pero en aquel instante, sin siquiera comprender por qué, sentía algo más. Se sentía... entusiasmada. Y ese sentimiento la embriaga casi tanto como la asustaba.

Sacó esa tirada de tartas y metió los siguientes moldes en el horno antes de dirigirse, nuevamente, al salón. Se quedó mirándolo con perspectiva, desde el umbral. Podía imaginárselo acabado y amueblado sin mucho esfuerzo. En realidad, ahora que Carter estaba ayudándola, ya no veía el futuro tan negro.

—Está quedando precioso —admitió en voz alta.

Él se giró hacia ella, dejando la brocha de lado.

—La verdad es que la casa en sí es preciosa —admitió—. Yo jamás la hubiera comprado porque, si he de ser sincero, solamente la veía como “la casa de la difunta señora Weaver”. Pero ahora que es tuya... No sé. Supongo que la veo de otra forma.

—¿Y cómo la ves ahora? —curioseó con picardía—. ¿Cómo la casa “de la chica nueva”?

Carter se lo pensó unos segundos mientras se bajaba de la escalera en la que había estado subido. Acortó las distancias con ella antes de responder.

—La veo como “la casa de Violet”. A secas.

Se miraron directamente a los ojos. De pronto, Violet sintió algo intenso que le sacudió las entrañas y el corazón. Algo que nunca había sentido y algo que no supo identificar. Intentó restarle importancia a ese sentimiento tan nuevo y tan desconocido, pero la había removido con tantísima intensidad que le costaba dejar la extraña sensación que le había causado atrás.

—¿Y cómo ves a Violet? —preguntó ella, casi en un susurro.



Ni siquiera sabía por qué preguntaba algo así.  
¿Qué más le daba cómo la viera él? ¿Acaso importaba?

—Veo a Violet como a la nueva y atractiva vecina de Marble Falls. Una chica enigmática —murmuró, sin quitarle los ojos de encima—, y complicada. Veo a Violet como un misterio sin resolver. La veo como a un flotador navegando a la deriva en una noche de tormenta.

Ella tragó saliva.

No tenía muy claro qué había querido escuchar antes de formular la pregunta, pero desde luego no esperaba algo tan... sincero y real. Se sorprendió a sí misma al emocionarse, porque ella no era así. No se emocionaba. Como norma general, no solía importarle demasiado lo que los demás pensasen de ella, porque solía centrarse mucho más en lo que ella pensaba de los demás. Intentó coger aire y se dio cuenta de que llevaba varios minutos conteniendo la respiración de forma totalmente involuntaria.

Caminó un paso al frente, acortando distancias con él, sin romper el contacto visual mientras dejaba que sus pulmones se llenaran. Y sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo, se lanzó sobre él y presionó sus labios contra los suyos. Anhelaba volver a sentir a Carter. Deseaba volver a notar sus manos recorriendo su piel. Se dio cuenta de que no deseaba hacer el amor con él como un acto meramente animal. No, con él era diferente. No sentía lo mismo que por Carlos, por ejemplo. Y eso la descolocaba por completo. La desarmaba.

—Violet, yo... —murmuró él confuso—. Yo no sé si esto...

Pero no le dejó continuar.

La joven tiró de su pantalón para cogerle el cinturón, y sin perder el tiempo comenzó a desabrochárselo. No quería pararse a pensar y tampoco quería que él lo hiciera. Quería vivir el presente. Quería el aquí y el ahora. Y no quería cuestionárselo ni por un solo segundo.

Carter se dejó llevar. No quería hacerlo, quería frenarse. Por alguna razón inexplicable, intuía que aquella chica era una verdadera bomba de relojería. En cualquier instante explotaría y, sin previo aviso, se llevaría por delante a todo aquel que estuviera cerca de ella. Lo podía sentir. Sabía que no le convenía y que alejarse era lo más oportuno, pero no podía. Eran como dos polos opuestos, atrayéndose incesantemente, hasta que, al final, colapsasen con fuerza.

Violet se tumbó sobre la madera del suelo, sin importarle la suciedad o la pintura que pudiera haber en ella, y Carter se colocó sobre ella con cuidado, sin aplastarla. Le besó el cuello, le acarició los labios con la yema de sus dedos y después siguió descendiendo la caricia, recorriendo su vientre, su ombligo, su monte de Venus, hasta terminar en su sexo. Escuchó sus gemidos y disfrutó con ellos, embriagándose del placer que ella derrochaba. Se fijó en lo perfecto que parecía su rostro con las facciones tan simétricas y en cómo su cabello oscuro caía por sus hombros blanquecinos. Carter pensó que era la chica más perfecta con la que jamás había estado; ojos intensos, azules y piel resplandeciente. Todo en ella contrastaba en perfecta armonía. Se introdujo en su interior lentamente y observó cómo su gesto se descomponía de placer. Ella se mordió el labio inferior con pasión y él, embriagado, contuvo los gemidos en su interior mientras la penetraba con suavidad, disfrutando de cada segundo. Sabía que aquello no debía de suceder, pero absurdamente, deseó que nunca terminase. Quizás porque su vida estaba demasiado vacía... O, mejor dicho, porque lo había estado hasta que ella apareció. No quería, ni debía, verla como a su salvadora. No quería verse como su salvador. Tampoco quería encapricharse y terminar con el corazón hecho añicos, pero Carter sospechó que ya era demasiado tarde para querer o dejar de querer. En ese instante, mientras Violet gemía entre sus brazos, se dijo a sí mismo que simplemente se dejaría llevar, sin importarle cuál fuese el destino final.

Alcanzó el éxtasis segundos después de ella y se quedó mirándola fijamente varios segundos, preguntándose una y otra vez qué era lo que veía en ella que no encontraba en las demás chicas. ¿Qué tenía Violet Ross que no tuvieran el resto de las chicas de Marble Falls? ¿Qué veía en ella?

Se hizo a un lado, liberándola, pero ella no se movió. En lugar de levantarse, se aproximó más a él y colocó la cabeza sobre su pecho. Ambos se quedaron en silencio. Él pensando en lo que le rondaría a ella por la cabeza y ella, simplemente, procurando encontrarse a sí misma. No sabía qué estaba sucediendo en su interior, pero no se reconocía. Tenía la sensación de que algo en ella había cambiado. De que algún engranaje de su corazón había hecho “click” y ya no era la misma.

—¿Quieres que me marche? —preguntó él, confuso, sin saber cómo debía actuar.

Ella sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta y, por primera vez en su vida, formuló una pregunta que jamás pensó que saldría de sus labios.

—¿Y por qué no te quedas a dormir? —propuso mientras se aferraba disimuladamente a él.

Puede que Carter tuviera razón y ella fuera un flotador navegando a la deriva en una noche de tormenta. No sabía muy bien qué había querido decir con esa frase, pero lo que sí sabía es que, si ella era el flotador en esa noche de tormenta, él era el sol que resplandecía para formar el arcoíris. Seguía a la deriva en el mar, pero, por alguna razón incomprensible, su simple presencia hacía que lo viera todo de una forma muy diferente.

—Está bien —murmuró Carter mientras Mila se acurrucaba junto a ellos, a los pies.

Violet escuchó el corazón del chico retumbar en sus oídos y le pareció que sonaba a paz y tranquilidad. Cerró los ojos muy lentamente y se dejó arrullar por el calor humano y la seguridad de no sentirse sola en el mundo.

¿Quién era esa nueva Violet y dónde estaba la chica solitaria que había huido sin mirar atrás? ¿Por qué aquel chico le transmitía tanto? ¿Por qué no era capaz de mirarle de la misma forma que veía al resto del mundo?

Carter tiró de la manta y la deslizó por encima de sus cuerpos, tapándolos ligeramente. En el exterior soplaban el viento y parecía hacer frío, pero allí, desnudos, juntos y abrazados, generaban el suficiente calor humano como para que sus cuerpos sudorosos no se enfriaran.

Se quedó mirando el salón con los ojos abiertos como platos, sin poder creer lo que contemplaba. Las ventanas seguían tapadas, pero Carter había sustituido el papel de periódico por un vinilo transparente que dejaba ver el exterior. El frío seguía colándose por allí, pero compensaba porque los rayos de sol podían filtrarse al interior del salón.

Había lijado y barnizado el suelo de toda la planta baja, arrancado el papel de periódico y pintado las paredes. Los interruptores seguían al descubierto y todavía no tenía lámparas. Los cables colgaban del techo, dejando que una bombilla solitaria se balancease de un lado a otro en ellos. Pero, aún así, el resultado era increíble. Dean le había regalado un sofá-cama que quería jubilar desde hace tiempo con la excusa de que ella fuera a buscarlo: “tendrás que venir a llevártelo tú misma, porque mis lumbares no me permiten levantar más kilos de lo que pesa un saco de café”.

Carter la acompañó y colaboró en la tarea, y de paso le consiguió una mesa de comedor de segunda mano que había sacado muy bien de precio en un mercadillo de las afueras de Marble Falls. No tenía mueble del salón, no tenía mesa auxiliar ni una alfombra en condiciones, pero su casa empezaba a parecer eso: una casa.

—Esto es otra cosa, ¿verdad?

Violet se dio la vuelta con los ojos empañados y asintió. “Su casa”, se repetía una y otra vez en la cabeza. Era suya. Su propiedad.

“Si el doctor Bell me viera ahora, se sentiría orgulloso”, pensó para sí misma. Había pasado de temblar ante el hecho de firmar la apertura de una nueva cuenta bancaria, a comprar y reformar su propia casa.

—Esto es increíble —aseguró Violet, dando dos pasos al frente para dejarse caer en el sofá.

Se notaba que había sido usado, pero estaba bien. No parecía lo suficientemente viejo como para necesitar ser sustituido. Carter se dejó caer junto a ella y deslizó su mano por encima del muslo de la joven. Ella sonrió. Todavía no comprendía porqué con él se sentía tan cómoda y segura, pero así era. Carter proyectaba en el mundo a una Violet que nunca nadie, jamás, había conocido con anterioridad. Ni siquiera ella misma.

—Pues tengo una sorpresa para ti... —le dijo, mirándola de reojo—. ¿Por qué no vamos a recoger tu coche y te la enseño?

Ella dudó.

—¿Qué tienes para mí?

Odiaba las sorpresas.

Siempre las había odiado. Como norma general, Violet tenía verdadero pánico a los cambios y a todo lo desconocido. Le gustaba que todo lo que la rodeaba fuera conocido y seguro. Le gustaba sentir el resguardo de lo inamovible.

—Ya te lo he dicho, es una sorpresa —se rio.

Aunque ella no parecía convencida, tiró de su mano para ponerla en movimiento y salir de casa. Violet y él ya llevaban varias semanas viéndose de una forma más cercana, pero todavía no

se habían sentado seriamente para hablar de lo que había entre ellos. Él estaba loco por ella, y ella... también. Por primera vez en su vida, Violet sentía que se había enamorado. Y ese sentimiento era el más aterrador y bonito que había experimentado jamás. Notaba que la coraza que durante tantos años había construido alrededor de su corazón había desaparecido por completo, dejándolo al descubierto. Desprotegido. Tenía miedo de la traición, del dolor, del abandono... De pronto, volvían a resurgir en ella un millar de sensaciones que conocía muy bien y que, con el tiempo, había conseguido mantener enterrados en lo más hondo de su interior. Cuando se quedaba a solas y Carter Hughes se marchaba al taller, Violet se paraba a pensar y se preguntaba si realmente merecía la pena continuar con todo aquello. Los demonios, esos que la habían torturado y atormentado durante su infancia, estaban resurgiendo de lo más hondo. Volvía a sentir el temor, el miedo. Pero después Carter regresaba, le daba un beso en los labios y le acariciaba suavemente la nuca mientras le susurraba al oído cómo le había ido el día y lo bonita que era. Y entonces todos esos demonios se acallaban y dejaban paso a la calidez, a la ilusión, a la esperanza. Su corazón, en aquellos instantes, estaba partido en dos: media mitad estaba repleta de luz y la otra media de oscuridad. Tenía la impresión de que, ahora mismo, estaba luchando una batalla consigo misma en la que solamente saldría un vencedor... El problema era que las tinieblas ya habían habitado aquel cuerpo con anterioridad y, por consiguiente, conocían muy bien los recovecos en los que podían esconderse hasta quedar vencedoras.

Se subieron a la camioneta de Carter. Él conducía con una sonrisa en los labios mientras una canción country sonaba de fondo en la radio. Iban de camino al taller y Violet no podía evitar preguntarse en qué estado había quedado su coche después del accidente. Tenía un recuerdo borroso del morro de su vehículo empotrado contra el semáforo, con el airbag fuera y un ligero olor a quemado inundado el ambiente. Miró al chico cowboy de reojo, recordando también aquella primera impresión que tuvo de él cuando se lo encontró en el recibidor de su casa. Violet tenía la extraña sensación de que ella y sus tartas llevaban en Marble Falls una eternidad. De alguna forma, y sin saber por qué, sentía que aquel era su hogar, de que formaba parte del pueblo y de la gente del lugar. Como si en el fondo siempre hubiera pertenecido a aquellas calles y a aquellas personas que, hasta hace muy poco, habían sido totalmente ajenas a ella.

—Estás muy callada —señaló, guiñándole un ojo—. Empiezo a pensar que decías en serio eso de que no te gustan las sorpresas.

Violet le propinó un codazo juguetón y se sorprendió a sí misma, una vez más, al comprobar la complicidad que se había formado entre ellos. ¿En qué momento había surgido aquella connivencia?

Carter pasó el taller de los hermanos Hughes de largo y se dirigió hacia el final de la calle mientras disminuía la velocidad.

—Te lo has pasado —advirtió ella, aunque era evidente que lo había hecho de forma consciente.

No respondió, simplemente, sonrió.

Detuvo la furgoneta a escasos metros de una de las cafeterías para las que Violet hacía sus tartas. Carter se bajó en primer lugar y, apresurado, dio la vuelta a la camioneta para alcanzarla a ella.

—Pero... ¿Se puede saber qué estás haciendo? —protestó, risueña, mientras él cogía un trapo de la caja de herramientas para vendarle los ojos.

Violet temblaba de nervios y de incertidumbre, rezando porque el instante transcurriera con rapidez para que todo pudiera regresar a la normalidad. Carter la cogió de la mano.

—¿Confías en mí? —le preguntó bajito, casi en un susurro, al oído.

Violet tragó saliva.

—Sí —contestó sin dudar, consciente de que había sido totalmente sincera en su respuesta.

Confiaba en Carter al cien por cien.

Jamás, en su vida, hubiera permitido que alguien le vendase los ojos para cruzar una calle. Jamás. Pero allí estaba, agarrada de su mano, a ciegas, permitiendo que él la guiara. Violet se sintió extraña, como si de alguna manera todos sus problemas se esfumasen y, de pronto, su cuerpo pesase muchísimo menos. O, mejor aún, como si la gravedad de la tierra se hubiera transformado y como si en cualquier instante pudiera echar a volar. “Violet, llevas sobre tus hombros una mochila cargada de piedras”, le había dicho una vez el doctor Bell, “si permitieras a alguien entrar en tu vida, quizás, podrías compartir ese peso. Y te aseguro que, entre dos, todo es mucho más ligero”. Recordaba sus palabras a la perfección y, en aquel momento, mientras sentía la mano de Carter sujetándola para no caerse mientras subían un bordillo, comprendió a la perfección aquellas palabras que el doctor Bell había dicho en su momento y que, entonces, no dejaban de resonar en su cabeza. “Quiero compartir el peso de mi mochila”, pensó, convencida, aún sabiendo que cuando Carter la dejara a solas en su casa, ese pensamiento se transformaría por completo en un contrario.

Escuchó el tintineo de unas llaves que chocaban entre sí antes de ser introducidas en una cerradura. Violet aguardó, paciente, a pesar de sentir un deseo irrefrenable por arrancarse la venda. Después Carter tiró de ella, animándola a dar un paso al frente.

—Ahora... Ya puedes mirar.

Se quitó el trapo casi de un tirón y contempló aquello que su cowboy le estaba mostrando. Era... Era... ¿Qué era eso? ¿Dónde estaba?

La joven frunció el ceño sin comprender nada.

—No entiendo qué...

Carter soltó una carcajada y se colocó detrás de ella, juntando sus rostros. Alargó el brazo y señaló una esquina.

—Ahí entrarían tres hornos tranquilamente, y ahí una larga encimera. Podría cerrarlo de aquí a aquí —añadió, marcando las distancias—, y hacer un pequeño recibidor para que tus clientes vengan a recoger tus tartas. Incluso, he pensado que podrías poner un pequeño mostrador y vender tus productos tú también... Ya sabes, a cualquiera que pase por aquí con un poco de hambre.

Una sonrisa inmensa se ensanchó en el rostro de la joven mientras imaginaba cómo podía quedar aquello.

—Ni siquiera puedo pagarte por todo lo que me estás ayudando con la casa, ¿cómo voy a...?

—El local es mío —cortó con rapidez Carter—. Nos lo dejó mi madre... Antes era un antiguo trastero de la familia. Se me ocurrió comprobar si tenía salida de humos y... ¡En fin! Ahora te lo quiero prestar a ti...

Violet pestañeó.

Le estaba reformando la casa, le había arreglado el coche y, para rematar, ¿le prestaba un local para abrir su obrador?

“Y te aseguro, que, entre dos, todo es mucho más ligero y llevadero”. Escuchaba la voz del doctor Bell una y otra vez resonando en su interior, en su cabeza. Aceptar aquel local era una forma de comprometerse con Carter. Aceptar aquel “préstamo” significaba que “algo” los mantendría unidos. Estaba claro que no era comparable a una boda o a una petición de matrimonio, pero aquello era mucho más de lo que se había creído capaz de atarse a alguien.

—¿No te gusta? ¿No te ha gustado la idea?

Le miró sin saber qué decir. Parecía confuso y preocupado.

Violet sacudió la cabeza y, tras coger aire, sonrió.

—Me encanta, Carter —respondió—. Nunca nadie había hecho nada parecido por mí.

Y una vez más, fue una respuesta sincera.

Violet comprendió en aquel instante dos cosas: que nunca antes había sido tan franca y abierta con nadie y que estaba mucho más enganchada a Carter Hughes de lo que le hubiera gustado estar.

—Esto va a salir genial... Te lo prometo —murmuró sin borrar la sonrisa, justo antes de besar a la chica en los labios.

Muchos días, Violet se paraba a pensar y recordaba aquella noche en la que Carlos le pidió matrimonio. Recordaba el miedo que sintió y el deseo irrefrenable que la invadió por salir corriendo de aquel lugar. Solamente quería desaparecer.

Recordaba cómo cargó todas las cajas en su coche y cómo ayudó a Mila a saltar al asiento del copiloto. Rememoraba con exactitud casi todo, pero sin siquiera comprender ella misma por qué, había eliminado de sus recuerdos a todas las personas de su pasado para poder empezar de cero.

Bueno, en realidad, sí que sabía por qué. Ya no era la antigua Violet. Cualquiera que la hubiera conocido antaño, habría dicho muchas cosas sobre ella. Y en casi todas, se hubiera equivocado. Violet había cumplido con creces uno de sus sueños, seguramente, el más importante de todos: empezar de cero y reinventarse. Observó cómo Carter trabajaba en el tejado de la casa, recolocando las tejas salidas y sustituyendo las rotas, mientras ella segaba el jardín y plantaba unos setos junto a la puerta. Los arbustos, al igual que el sofá y que el colchón, habían sido un regalo de Dean y de Karol, su mujer. Violet había aparecido de forma imprevista en Marble Falls y, muy lentamente, había comenzado a ganarse el corazón de algunos de sus habitantes.

Sí, solamente habían pasado unas pocas semanas desde su partida, pero Violet ya no era la misma chica de antaño. Por eso, de forma consciente o inconsciente, todas las personas de su antigua vida habían quedado atrás.

O eso pensó ella hasta que, de pronto, su gran amiga Molly aparcó frente a su casa. Se fijó en ella cuando Mila, feliz, comenzó a ladrar mientras corría en dirección a la puerta.

—¿Molly? —preguntó con los ojos abiertos como platos, incapaz de creer lo que veía.

Molly estaba allí.

Y no era una imaginación, no, era real.

Su antigua amiga se quedó plantada frente a la casa sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Vives aquí? —preguntó antes de darle un sorbo al café para llevar que tenía en la mano.

Violet se fijó en que el cartón llevaba el logotipo de una gasolinera cercana al pueblo. La joven se esforzó por sonreír, aunque, en el fondo, anhelaba con todas sus fuerzas que Molly volviera a subirse a su coche y desapareciera. Lejos. Muy lejos.

No quería que nadie descubriera la Violet que había sido en el pasado. Y tampoco quería volver a serlo. Y... allí estaba Molly, dispuesta a recordarle parte de todos aquellos fantasmas que ella deseaba con mucha fuerza olvidar.

—Sí, esta es mi casa —respondió, forzando aún más la sonrisa mientras rezaba porque Carter no bajase del tejado—. ¿Cómo me has encontrado?

No sabía muy bien cómo iba a librarse de ella, pero tenía que hacerlo. Y rápido, además.

—Empezaron a llegar muchas cartas para ti al trabajo —repuso—. Supongo que hacienda no está al corriente de que estás despedida... ¿Cómo diablos...? ¿Es tuya? —pregunto, boquiabierta—. ¿Te has comprado una casa?

Molly sacudía la cabeza, incrédula, una y otra vez.

—Sí, mi nueva casa —se rio Violet, intentando quitarle peso al asunto con rapidez—. No hacía

falta que vinieras hasta aquí solamente para traerme el correo; también podías habérmelo enviado —señaló—. Además, como ves, me pillas en plena reforma... Siento mucho que hayas tenido que venir hasta aquí para nada.

Molly se quedó mirándola muy seriamente hasta que, al final, rompió en carcajadas.

—Menos mal que te conozco de sobra —dijo, entre risitas—, y sé perfectamente lo rarita que eres... Si no, pensaría que no te alegras de ver a tu antigua amiga, Violet.

La joven sintió cómo aquellas palabras resonaban con fuerza entre las paredes de su cráneo: "...y sé perfectamente lo rarita que eres...". Justamente, lo que no quería que Carter descubriera de ella. Sintió que el corazón comenzaba a palparle muy de prisa y comenzó marearse.

—No sabía que esperabas visita... —murmuró el cowboy, tras ella.

Violet empezó a ver borroso y a sentirse cada vez peor.

—Soy Molly —dijo su amiga, sin darle importancia a nada—. Podría decirse que la mejor amiga de Violet —añadió, estirando el brazo para estrecharle la mano a Carter.

—Yo soy su novio —respondió este, diciendo en voz alta aquello que hasta el momento ninguno de los dos se había atrevido a formular en voz alta—. Carter. Carter Hughes.

—¿Su... novio? —repitió Molly, tartamudeando ligeramente.

Miró directamente a Violet, confusa.

La chica se esforzó por esbozar una sonrisa, pero, por mucho que lo intentó, no fue capaz. La visión se le emborronó aún más y empezó a escuchar un profundo pitido que le retumbaba en los oídos. Y, de pronto... Las piernas le fallaron. Sintió cómo su cuerpo se desplomaba en un instante y, aunque era plenamente consciente de ello, no pudo hacer nada para evitarlo.

Se despertó confusa y desorientada. Tardó varios segundos en comprender que estaba en el sofá de su casa. Se llevó la mano a la cabeza, notando un fuerte pinchazo en el mismo sitio en el que se había golpeado la frente el día que sufrió el accidente de coche. Se incorporó con lentitud hasta que, de pronto, le llegó la voz de su amiga Molly desde la cocina. Estaba hablando, ni más ni menos, que con Carter. Violet volvió a sentir cómo la ansiedad se apoderaba de ella. El ritmo cardíaco se le aceleró. Carter le gustaba. Carter le importaba. Y que descubriera la verdad sobre ella le daba verdadero pánico.

Intentó mantener a raya sus sentimientos negativos y seguir los consejos que el doctor Bell le había dado para cuando sufriera una crisis de pánico: respirar profundamente, recordarse a sí misma que todo va bien, controlar su respiración, contar de diez hacia atrás, cerrar los ojos y aislarse por unos segundos del entorno. Se imaginó en un lugar feliz; en concreto, se visualizó en el jardín de su casa, tumbada en una hamaca en un día soleado. Y para su sorpresa, no estaba sola: Mila y Carter estaban con ella, a su lado. Abrió los ojos. Volvió a escuchar la voz de Molly provenir de la cocina y, armándose de valor, se levantó del sofá para dirigirse hacia allí.

Se sorprendió al encontrarlos a los dos sentados en la mesa, charlando tranquilamente como si nada sucediera. Cogió aire y les saludó.

—Nunca me habías hablado de Molly —dijo Carter, señalando a la recién llegada—. Me cae bien tu amiga.

Violet suspiró con alivio; todo parecía normal.

—Ya sabes cómo es Violet —añadió Molly, guiñándole un ojo—, solamente cuenta lo que le interesa.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Carter, sin borrar del rostro su simpática sonrisa—. Te invitaríamos a pasar la noche, pero como has podido comprobar, andamos escasos de camas.

Molly negó rotundamente.



—Ya lo he visto, no os preocupéis —dijo, dirigiéndose a Violet—. La verdad es que me encantaría quedarme, pero se me haría tarde para conducir.

Carter se levantó de la mesa.

—Pues entonces os dejo solas un rato... Supongo que querréis charlar tranquilamente —anunció, levantándose de la mesa.

Carter se acercó a Violet y la rodeó con un brazo de forma cariñosa, sin importarle lo más mínimo la presencia de la invitada.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras mejor?

Violet asintió sin dudar y él suspiró, decaído. Parecía preocupado de verdad.

—Está bien, luego hablamos —le murmuró al oído antes de marcharse.

Las dos amigas se miraron fijamente cuando por fin se quedaron a solas. Molly sonrió con ternura antes de dar dos palmaditas a la silla que tenía contigua a ella.

—Siéntate y cuéntamelo todo, por favor... Sin dejarte nada.

Violet obedeció y, sin perder el tiempo, comenzó a narrarle los últimos acontecimientos de su vida. Se dio cuenta de que aquellos últimos meses parecían sacados de una película y no de su propia vida. Como si, de repente, formara parte de una de esas historias de superación personal que solían poner los domingos por la noche en la televisión pública.

—Guau... —murmuró Molly, boquiabierta, con el café frío entre sus manos—. La verdad es que te veo bien, Violet. Te veo muy bien.

—Estoy bien —aseguró—. Y me siento bien.

Las dos se quedaron en silencio, mirándose. En ese instante, Violet comprendió que, a lo largo de los años, siempre se habían centrado en ella. En realidad, no sabía demasiado de la vida de Molly; prácticamente nada. Se descubrió intentando recordar el nombre del último chico con el que había salido su amiga, y no supo responderse.

—Gracias por haber sido tan buena amiga siempre —susurró con congoja.

Sí, Violet odiaba pedir perdón y no solía hacerlo nunca. Pero, casi con la misma intensidad, odiaba dar las gracias.

—Calla, anda... No tienes que darme las gracias... Sabes que te quiero como a una hermana pequeña. Si me hubieran contado todo esto y no estuviera aquí para verlo con mis propios ojos, hubiera asegurado que mentían —se rio Molly, alargando el brazo para entrelazar sus dedos con los de ella—. Yo siempre estaré a tu lado, Violet. Puedes contar conmigo.

De pronto, sintió cómo los ojos comenzaban a empañarsele. ¿Qué diablos estaba sucediendo con ella? ¿Desde cuándo se había vuelto tan sensibilera?

—Pero tengo que decirte una cosa —la advirtió Molly—, ese chico con el que sales ahora... Está enamorado de ti, Violet. No es un simple ligue. Y ahora tienes una casa, un buen trabajo y estás construyendo algo bonito. Algo importante. Piensa seriamente si merece o no la pena seguir adelante con esa relación, porque ese tal Carter... No es como Carlos. Está pillado de verdad. ¿Qué harás cuando se te declare? ¿Salir corriendo y dejarlo todo?

Violet se mordió el labio.

Quería decirle que no, que por una vez, se quedaría. Que comenzaría una nueva vida junto a él. Pero muy en el fondo no estaba convencida de que pudiera ser capaz hacerlo. No confiaba en sí misma. ¿Se veía capaz de compartirlo todo con él? ¿De atarse a Carter para toda la eternidad? Tener a Molly ahí, frente a ella, estaba provocando que se despertasen sentimientos que había creído olvidados.

—Ten cuidado, por favor —advirtió—. Este chico te quiere de verdad.

Sabía lo que quería responder, pero por alguna razón no era capaz de decirlo en voz alta. “Yo también le quiero”, pensó. Pero las palabras se perdían en su interior, sin salir al exterior.

Un par de horas más tarde, despidieron a Molly. Violet observó con nostalgia cómo su amiga se subía al coche y desaparecía calle arriba.

—¿Estás bien, nena? —inquirió Carter, abrazándola por la espalda—. Te noto ausente...

Ella no supo qué responder.

—La verdad, no lo sé... No recordaba lo mucho que me gustaba pasar tiempo con Molly —admitió en voz baja—. Y tampoco recordaba cómo era mi vida antes de llegar aquí. Solamente han pasado unas semanas, pero es como si llevase aquí toda la vida. Marble Falls me tiene... absorba.

Carter le acarició el cabello con lentitud antes de apoyar la barbilla en su hombro. Ambos contemplaban el horizonte, observando cómo el cielo se iba tiñendo de colores con el anochecer. Violet aspiró el perfume de su cowboy. Apoyó la espalda sobre él mientras se dejaba caer levemente contra su pecho, sintiéndose reconfortada por el abrazo. Violet, que siempre había odiado ese tipo de gestos tan íntimos, había descubierto cómo disfrutarlos a su lado.

—Deberías pensar menos —señaló él, besándole con cariño el cuello—. Necesitas desconectar de esa cabecita tuya...

Ella asintió. Estaba totalmente de acuerdo con esa última afirmación.

Se dio la vuelta para encararle, frente a frente.

—Así que..., ¿mi novio? —inquirió con una sonrisa traviesa.

Carter Hughes se rio.

—Solamente si es lo que deseas, claro.

Violet sintió como un millón de mariposas despertaban en vuelo en su estómago. Ahora que Molly había desaparecido, podía volver a ser la nueva Violet. Podía seguir reinventándose.

—Por supuesto —susurró, apretando sus labios contra los de él.

Noto cómo la lengua de Carter se abría paso a su interior y cómo sus brazos la envolvían por completo bajo el cielo del Texas. Cerró los ojos, dejándose llevar por el momento. Carter Hughes tenía razón; tenía que desconectar más de sus pensamientos. Tenía que vivir más el presente. Pero su maldita imaginación hiperactiva, se lo impedía.

Mientras se besaban en el jardín de la casa, abrazados bajo un cielo anaranjado, Violet se dio cuenta de una cosa: aquella estampa era idéntica a la que había imaginado cuando, presa de un ataque de pánico, se había vislumbrado en un lugar feliz. Sí, le gustase o no admitirlo, los brazos de Carter comenzaban a ser su refugio, donde nada ni nadie podía alcanzarla. Ni siquiera sus propios demonios.

Violet sonrió de oreja a oreja mientras observaba la cola que se iba formando tras el mostrador de su nuevo obrador. Aunque habían abierto alguna esporádica mañana para entregar pedidos de última hora, aquel día lo inauguraban oficialmente. Carter Hughes y Violet Ross habían puesto, con empeño, esfuerzo y sudor, en marcha el obrador. Violet's Living, la nueva pastelería de Violet, estaba oficialmente abierta al público.

No era un obrador al uso, tal y como ella había querido e imaginado en un principio. Era algo mucho mejor. La idea inicial había evolucionado con el paso de las semanas hasta que, finalmente, había terminado siendo lo que era en esos momentos. Un obrador, sí. Pero tenía café, chocolate, muffins de varios sabores, brownies y mucha tarta de arándanos. La gente podía coger su desayuno antes de ir a trabajar, su tentempié del descanso o, simplemente darse un capricho mientras paseaba por Marble Falls. Todas y cada una de las cafeterías de Marble Falls habían contratado un encargo semanal a Violet, de forma que la joven prácticamente no tenía tiempo para nada más allá del trabajo. Su cliente favorito, como no, seguía siendo Dean. Su primer cliente. Todo había comenzado con él y, por ese mismo motivo, la cafetería de Karol siempre seguiría siendo un lugar especial para él.

—Nena, creo que tendremos que contratar a alguien para que te ayude —se rió Carter mientras veía cómo la cola llegaba, prácticamente, hasta su taller.

Violet asomó la cabeza para comprobarlo y se percató de que había alguien especial entre los viandantes que esperaban para probar su porción gratuita de tarta de arándanos. Entre ellos estaba el hermano de Carter. Cogió aire profundamente, nerviosa porque fueran a cruzarse. A lo largo de aquellos meses Violet casi no había coincidido con él, y por alguna extraña razón, notaba que su cowboy así lo prefería. Carter y él tenían una relación cordial porque trabajaban juntos, pero poco más. Aunque ella desconocía el motivo, sabía que no se llevaban demasiado bien.

—Está tu hermano —señaló ella, aunque no supo muy bien si debía decírselo.

—Lo sé, le he visto... —resopló él con desgana—. Supongo que poco puedo hacer para evitarlo —dijo, encogiéndose de hombros—. Tarde o temprano tendréis que conoceros si vas a ser de la familia...

Carter se alejó de ella, adentrándose en el obrador para preparar la siguiente horneada de muffins. El siguiente cliente pasó al mostrador y, con una sonrisa en la boca, comenzó a realizar un pedido mientras degustada su porción gratuita de tarta. Era una mujer mayor de la residencia con la que la joven se había tropezado en un par de ocasiones. Cuando terminó de pedir, se quedó mirando muy fijamente a Violet.

—¿Te encuentras bien, chica? —le preguntó, sujetándola por el brazo.

El repentino contacto físico de la mujer la hizo sobresaltarse, asustada, pero también regresar a la realidad.

—Sí, sí... estoy bien —respondió, sin borrar su sonrisa—. ¿Podría repetirme qué quería?

La mujer asintió y repitió lo que quería mientras la joven preparaba su pedido como un autómatas. En el fondo, sus pensamientos estaban muy lejos de allí. “Si vas a ser mi familia...”; las

palabras de Carter retumbaban una y otra vez en su cabeza, perturbándola.

Cuando llegó el turno del hermano de Carter, Violet esbozó la mejor de sus sonrisas y procuró atenderle con un trato más ameno que a los demás. Seguía sin olvidar las palabras de su chico, pero consiguió esforzarse por parecer lo más natural posible. Se sorprendió al comprobar que, el otro chico Hughes, no solamente era idéntico a su Carter, sino que parecía igual de agradable que él. Tal y como Dean le había dicho, si los mirabas rápidamente eran casi idénticos, como dos gotas de agua. Pero Violet había encontrado más diferencias entre ellos a parte de la cicatriz; Carter tenía la voz más aguda, el pelo más rubio, las facciones más marcadas y... un gesto diferente. Tenía el rostro cubierto por una capa de sufrimiento que Violet había aprendido a reconocer. Se quedó observando cómo el otro gemelo Hughes se alejaba hacia el taller con un sentimiento extraño en el pecho. Quería a Carter. Le quería con locura. Pero la palabra “familia” no era algo con lo que Violet pudiera lidiar con facilidad, porque ella había tenido muchas “familias”, pero en el fondo ninguna de ellas lo había sido de verdad.

Sacudió sus pensamientos y decidió continuar sirviendo tarta, sin pensar en nada ni en nadie.

Lo que no sabía Violet es que, aquella noche, su vida y todo lo que creía por seguro cambiaría por completo. Aquella noche, tomaría la decisión más importante que jamás había tomado.

Cerraron tarde. Ambos estaban tan agotados y tenían tantas ganas de marcharse de allí, que ni siquiera se preocuparon por limpiar y dejar el local presentable. “Nos ocuparemos de ello por la mañana”, dijo Violet, cansada. Anhelaba llegar a casa y dejarse caer en el sofá junto a su cowboy y Mila.

De camino a casa, ambos fueron en silencio. Ella tenía demasiadas cosas en las que pensar y él, sorprendentemente, también. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra en voz alta hasta que cruzaron el umbral de la puerta principal.

—¿Sofá? ¿Peli? ¿Manta? —inquirió ella, hablando en clave.

Se sentía demasiado exhausta como para pronunciar una frase larga y elaborada. “¿Te apetece que nos sentemos en el sofá y veamos juntos una película tapaditos bajo una manta?” parecía demasiado complicado si tenía en cuenta el estado descompuesto en el que se encontraban el noventa y nueve por ciento de sus neuronas. En aquellos instantes, la capacidad mental de Violet era similar a la de un kiwi.

—Tranquila, yo me ocupo de la cena —le dijo él con una seriedad abrumadora.

Violet asintió, preocupada, al comprender por primera vez lo callado y taciturno que estaba Carter. Se preguntó si sería por el cansancio o si, en realidad, había alguna otra razón detrás.

Esperó en el sofá; diez, veinte, treinta minutos hasta que, al final, hastiada, decidió ir en su busca. “Algo no va bien”, pensó, mientras dejaba a Mila sola y adormilada, en la alfombra. Recorrió el pasillo reformado de su casa mientras pensaba para sus adentros en lo bonito que estaba quedando todo. Hasta que llegó a la cocina y, sorprendentemente, la encontró vacía. Carter no estaba allí. El nudo de su estómago apretó con más fuerza. “Algo no va bien”, se repitió, confusa.

—¿Carter? ¿Estás ahí? —gritó, esperando encontrar una respuesta.

Dos minutos después, el chico apareció en el pasillo.

Seguía teniendo cara de cansancio y parecía preocupado, realmente preocupado. Violet sintió cómo el nudo ascendía hasta su garganta, provocándole ganas de vomitar.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Él intentó sonreír, pero la sonrisa se perdió en sus ojos.

—Ven conmigo —dijo, muy serio—. Quiero enseñarte algo.

Alargó el brazo, tendiéndole la mano, y ella la aceptó. Caminó tras él hacia la parte trasera de la casa, donde se encontraba el otro jardín y el porche pequeño. No solían pasar demasiado tiempo en esa zona, así que Violet se preguntó qué diablos tramaba.

—Sal... —le dijo, animándola a abrir la puerta.

Ella, confusa y poco convencida, obedeció. Cuando abrió la puerta, se sorprendió al comprobar un precioso y perfecto escenario: había cubierto el techo del pequeño porche con una guirnalda de luces y, en mitad de él, había colocado una mesita repleta de pétalos y velas. Violet sonrió, aliviada.

—Vaya... es precioso —murmuró, lanzándose a sus brazos.

Él sonrió, pero una vez más, ella notó que esa sonrisa se perdía en alguna parte. A Carter le pasaba algo; podía notarlo.

—Quería que esto fuera especial porque... Bueno, quiero contarte una cosa —explicó—. Una cosa de la que te enterarás tarde o temprano y que, la verdad, prefiero que descubras por mí.

Violet intentaba atar cabos, pero no comprendía absolutamente nada.

—¿De qué estás hablando?

Carter se sentó y sirvió dos copas de vino.

La mesa estaba repleta de canapés que, sin duda, debía de haber adquirido en algún catering aquel día por la mañana. Violet se llevó uno a la boca con la esperanza de que, al tragar, aquella mala sensación se desvaneciese. Pero no fue así.

—Verás, esto no es fácil para mí... —carraspeó Carter, que parecía confuso—. No sé cómo comenzar...

Ella guardó silencio.

No podía ayudarle porque, por más vueltas que le diera al asunto, no comprendía nada.

—Quiero contarte cómo me hice esta cicatriz —dijo, mostrándole la mano—, pero es una historia que nunca he contado en voz alta y que no sé cómo comenzar.

Ella dejó el canapé en el plato, bebió vino y guardó silencio. Carter nunca quería hablar de su cicatriz, así que comprendió que aquel momento debía de ser muy importante para él. Violet sabía muy bien lo mucho que costaba hablar del pasado a una persona traumatizada. Lo sabía porque ella, por más que lo había intentado, jamás le había explicado a nadie lo mucho que había sufrido en su niñez. Lo había intentado en un millar de ocasiones, pero nunca había conseguido expresarlo en voz alta. Ni siquiera a su psicólogo.

—Verás... —murmuró Carter con los ojos empañados—. Voy a intentar ser rápido y no entrar en detalles, porque es algo que prefiero no revivir pero que quiero que sepas. Cuando mi madre fue asesinada, yo...

Se detuvo, cogió aire y, sin importarle mostrar su debilidad, continuó hablando. Tenía los ojos repletos de lágrimas, pero no parecía sentirse incómodo mostrando sus sentimientos ante ella.

—Yo no supe muy bien cómo manejar la situación. Pasé unos años bastante malos y fue todo muy difícil para mí... —explicó Carter, sin apartar la mirada de la confusa joven—. Supongo que por esa misma razón nunca fui capaz de perdonarle lo que hizo al hombre que, borracho, atropelló a mi madre. Hasta la noche de la cicatriz. Esa noche, le perdoné.

Violet, en silencio, asintió.

No insistió ni presionó por saber más. Podía intuir en su forma de expresarle lo mucho que le estaba contando contar aquello.

—Esa noche yo también estaba borracho —contó Carter, continuando con su historia—, muy borracho. Llevaba meses así. Pensaba que la botella me ayudaría a olvidar todo y a soportar que

aquel individuo continuara paseándose de forma libre por Marble Falls. Pero en lugar de ayudarme a olvidar... No sé, no sé por qué, pero hacía que la llama se encendiera todavía más.

Carter hizo otra pausa, se secó las lágrimas y, nervioso, continuó.

—Tengo que contártelo porque es algo que tienes que saber, pero te pido por favor que no me juzgues a la ligera...

—¿Le atacaste? —preguntó Violet, cortándole.

Él asintió.

—Estuve a punto de matarle. Faltó muy poco... —confesó Carter, llorando a lágrima viva, sin ocultarse—. Faltó muy poco pero, en el último segundo...

—No quiero saber más —soltó Violet en un grito, mucho más alto de lo que pretendía, antes de sujetarle por ambas manos—. No quiero saber más. No me importa. No me importa tu pasado ni nada de lo que hiciste... No quiero saberlo porque, de verdad, me da igual.

Ella también tenía sus propios fantasmas enterrados y, si de algo estaba segura, era de lo mucho que le gustaba la compañía de Carter Hughes. Le gustaba él y la persona que era en ese momento.

—Quiero que sepas que aquella noche no solo salimos los dos heridos, sino que ambos curamos nuestras heridas —aseguró Carter—. Yo todavía le guardo rencor y supongo que él todavía sufrirá por lo que ocurrió... Pero aquella noche comprendí que, hiciera lo que hiciese, nada me devolvería a mi madre.

—¿Fue eso lo que te distanció de tu hermano? —susurró Violet, que cada vez encontraba más sentido a todo.

A la relación de los dos gemelos y al velo de dolor que, en ocasiones, cubría el rostro de Carter Hughes. Él asintió.

—¿Y por qué me cuentas todo esto, Carter? Yo no...

Y, entonces, en ese mismo momento, el rostro del chico cambió por completo. Dejó el dolor de lado y sus facciones se suavizaron, como si de alguna forma se hubiese liberado de la angustia y del dolor.

—Te cuento todo esto porque hoy quería hacerte una pregunta especial... Una pregunta que no podría formular sin antes saber si conoces y aceptas todo lo que soy, lo que he sido y... lo que seré...

Carter se puso de pie y, con lentitud, sacó una cajita del bolsillo trasero de su pantalón. Violet sintió que se quedaba sin respiración. Era la tercera vez en su vida que alguien le hacía esa pregunta, pero aquella vez, sin duda, era la vez que más nerviosa se sentía. Notó cómo sus pulsaciones se aceleraban, pero no sintió el impulso de abandonarlo todo y salir corriendo. No. No quería irse. Ella, que siempre había sido un alma rota e incomprendida, había encontrado por fin a alguien que podía sanarla. Que sabía cómo curarla. Había encontrado, por fin, la persona que conseguía hacerla diferente. En aquel instante, Violet comprendió que no se había enamorado de Carter por cómo era, si no por cómo la hacía ser.

—Puede que esto te parezca un poco precipitado, pero...

—¡Sí! —gritó, sin siquiera escucharle.

No quería que la formulase. No quería que, por tercera vez, alguien pronunciase aquella frase. Quería que con él fuera diferente, fuera...

—¿Sí? —repitió él, sonriendo.

—¡Oh, Dios, sí! —exclamó, eufórica, mientras saltaba a sus brazos—. ¡Sí, Carter, me casaré contigo!

Y con una sensación infinita de paz, le besó. Ella a él. Le agarró con fuerza y, en su interior, se

prometió a sí misma que aunque jamás había conocido el significado real de lo que significaba “la familia”, con Carter se esforzaría porque todo fuera bien. Con Carter se esforzaría por crear, de cero, aquello que durante tantos años había añorado y temido a su vez.

Los dedos de Carter recorrieron la espalda desnuda de la joven. Le besó la nuca, se acurrucó a su lado y contempló el crepitar de las llamas de la chimenea. Por primera vez en muchos años, volvía a funcionar. Carter se había pasado la tarde limpiando el conducto para la extracción de humos, y aunque había supuesto un gran trabajo, el esfuerzo había merecido la pena.

En el exterior, llovía a mares. Las gotas de lluvia se deslizaban sigilosas a través de la cristalera del salón. Esa preciosa cristalera que, por fin, lucía con todo su resplandor. Los cartones y los plásticos de PVC habían sido sustituidos por gigantescos ventanales. Violet podía decir que, por fin, la casa estaba casi terminada. Y debía admitir que había quedado mucho más bonita de lo que había podido intuir en su imaginación. Todavía quedaban algunos arreglos en el jardín y en la fachada, pero por dentro, ya se había terminado de transformar en un verdadero hogar.

—¿Qué estás pensando? —inquirió él, sin dejar de acariciarle la cabeza con lentitud.

Ella sonrió en silencio, negando.

—Nada importante —mintió, rememorando de forma interna la noche en la que Carter le pidió matrimonio.

Cuanto más se acercaba el día de la ceremonia, más pensaba en ello. Carter Hughes le había confesado su secreto más oscuro y se había sincerado con ella en su totalidad. Violet todavía no había sido capaz de hacerlo, y no sabía si algún día lo conseguiría. En el fondo, tenía la sensación de que debía confesarlo todo antes de dar el “sí, quiero”. Pero los días, las semanas y los meses se iban echando encima de ella sin que encontrase el momento oportuno para hacerlo. Si conseguía sacarlo todo y abrirse con él, por fin podría hacer un “borrón y cuenta nueva” de verdad. Tirar todas las piedras que arrastraba en la mochila de su espalda y empezar de cero con ella vacía. Darse una segunda oportunidad a sí misma, una de verdad.

—¿Qué estás pensando tú? —preguntó ella, con curiosidad.

—En lo enigmática que pareces a veces —respondió Carter con total sinceridad—. En algunos momentos me encantaría poder meterme en esa cabecita y ver todo lo que hay en ella...

—¿Y si no te gustara lo que vieras?

Carter soltó una risita.

—Es imposible. Y si no me gustara, pues... Lo aceptaría —respondió con convicción, como si no albergase ninguna duda al respecto—. Es lo que hacen las parejas felices, ¿no? Aceptarse y quererse, aunque no todo sea perfecto.

Violet no sabía qué responder.

Había estado con muchos chicos y había compartido su cama con otros tantos, pero a ninguno de ellos lo había llegado a considerar “su pareja”. Carter era la primera persona con la que se veía en un futuro lejano.

—Supongo que tienes razón —admitió, antes de cerrar los ojos.

Escuchó el crepitar de las llamas mientras él continuaba acariciándola. A Violet le encantaba la forma que tenía Carter de tocarle la cabeza, enroscándole los mechones de cabello y formándole pequeños tirabuzones. Se giró hacia él para poder besarle, sintiendo cómo el calor del fuego se proyectaba sobre su espalda desnuda. Aunque aquella casa la había comprado ella sola, Violet



sentía que le pertenecía tanto a ella como a él. Ambos, codo con codo, la habían levantado desde sus cimientos. Él la abrazó con fuerza mientras ella reptaba sobre su cuerpo, hasta quedarse sentada sobre Carter. Se inclinó levemente; le lamió el cuello y dejó que los dedos de su amante jugaran con sus pezones. Estaba agotada; pero le deseaba demasiado como para contenerse. Se deslizó lentamente, permitiendo que su miembro encontrara el camino hacia su interior, y comenzó a mecerse muy despacio mientras sus dedos y los de Carter se unían, entrelazándose. Violet le miró directamente a los ojos y sintió esa electricidad, esa complicidad, que siempre había proyectado en ella. Se sentía plena, llena. Feliz. Se meció con más intensidad. Él gimió de placer mientras que ella, embriagada por la noche, por el momento, por las llamas y por la pasión, intentaba retener en su interior las dos únicas palabras que jamás había pronunciado en conjunto.

—Te amo... —musitó finalmente, con los ojos empañados.

Carter la agarró por la cintura y la atrajo contra su pecho para poder estrecharla entre sus brazos, con fuerza. Violet se sentía... feliz. Plena y llenamente feliz.

—Te amo con todo mi corazón, Carter Hughes —murmuró mientras el orgasmo le provocaba un ligero temblor.

Violet's living iba viento en popa. Bueno, en realidad, la joven tenía la sensación de que todo iba viento en popa. Su vida, por fin, parecía tener un sentido y un propósito. Parecía ser normal.

Se colocó el delantal de flores que Karol, la mujer de Dean, le había cosido a mano y se preparó para recibir a los primeros clientes. Carter había pasado por el taller para rellenar un aire acondicionado, pero no tardaría demasiado en acudir en su ayuda. A primera hora de la mañana el obrador solía estar hasta arriba, así que su casi esposo se escaqueaba unas horas de sus tareas y se metía dentro del obrador para colaborar con las horneadas de tartas. Violet agradecía la ayuda, por supuesto. Pero agradecía todavía más el apoyo y la confianza que Carter depositaba cada día en ella.

Faltaba una semana para el gran día. Una semana, ni más, ni menos. Los nervios comenzaban a apoderarse de ella. Quizás, por esa razón, llevaba unas cuantas noches soñando que llegaba el momento de pronunciar el “sí, quiero” y se quitaba los tacones para salir corriendo de la iglesia. Resultaba de lo más extraño porque ni se iban a casar por la iglesia, ni se casaría vestida de blanco —que era como se veía en sus sueños—. La boda ya estaba planificada y Violet no podía estar más feliz con todas las decisiones que habían tomado al respecto. Pensaba casarse de beige clarito, con una diadema de flores granate en la cabeza. Carter vestiría formal, aunque no llevaría traje y mucho menos, americana. Vestiría una camisa blanca y unos pantalones elegantes, nada más. No quería nada estrafalario ni ostentoso. Querían una boda discreta, sencilla y que pasara desapercibida.

Además, después de la reforma y del dinero que se habían dejado acondicionando el obrador, la pareja estaba prácticamente en la ruina. A la ceremonia acudirían bastantes invitados, a pesar de las protestas de Violet. Todo Marble Falls conocía a la pareja y había sido muy difícil seleccionar a qué amigos o vecinos invitar y a quiénes no. A fin de cuentas, a Carter lo conocían desde que era un crío y Violet se había transformado en la chica de las tartas. No había persona o niño que no hubiera probado la famosa tarta de arándanos y los exquisitos donuts de chocolate con avellana —aquella había sido una última incorporación a los productos que ofrecía— y que no se hubiera enamorado perdidamente de ellos.

Al final habían apretado la lista de invitados al máximo, pero aún así superaba los doscientos invitados. No había persona en Marble Falls que no fuera a acudir al evento. Aunque en un principio pensaron en colocar sillas en el jardín de su casa, al final decidieron que levantarían una enorme carpa y que los invitados podrían colocarse allí, de pie, mientras la ceremonia tenía lugar.

—Buenos días, nena —saludó Carter al entrar, esquivando a la hilera de clientes que se aglomeraba frente a Violet.

La joven levantó la mano en forma de saludo, pero ni siquiera se molestó en responder. Estaba hasta arriba y no daba abasto. Agobiada, se detuvo un instante para coger aire y, antes de volver a la carga, se permitió sonreír. Había sufrido muchísimo en su vida, pero, por fin, todo parecía fluir con la suerte de su parte.

La hilera de clientes fue reduciéndose hasta que, unos minutos más tarde, pudo sentarse y

relajarse por primera vez desde que había levantado la persiana y colgado el cartel de abierto. Estaba agotada, pero eso era bueno. Significaba que todo iba viento en popa y que el negocio seguía en marcha.

—Tengo que volver al taller —gritó Carter desde atrás—. Pero antes de irme saco la última horneada, ¿vale?

Sonrió. Sin duda, le había tocado la lotería con aquel cowboy protestón del que tanto se había encariñado.

—¡Vale! —exclamó, mientras se quitaba el delantal.

Estaba a punto de servirse un café cuando se percató de que otro viandante se adentraba en la tienda. Sonrió abiertamente, girándose para darle la bienvenida, hasta que vio su rostro. La sonrisa se le esfumó al instante, dejando lugar a un gesto desorientado de angustia y ansiedad. Intentó controlar su respiración y no agobiarse, pero... Pero no podía. No entendía nada. ¿Qué diablos hacía él... allí?

—Hola, Violet.

Tragó saliva sin saber qué decir, sin comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

—Hola, Carlos —murmuró, prácticamente sin voz, mientras sentía cómo el estómago se le revolvía.

Tenía ganas de vomitar.

¿Qué diablos hacía Carlos allí? ¿Cómo la había encontrado? ¿Y qué quería de ella después de tantísimos meses?

Violet cogió aire profundamente mientras ambos se retaban en silencio, con la mirada.

—¿Qué te trae por aquí?

Él sonrió con malicia, evidenciando el desprecio que le procesaba a la joven.

—Supongo que estaba de paso —mintió—. Casualidades de la vida, ¿no?

—Carlos, creo que deberías...

—¿Irme? —concluyó con desdén—. ¿Eso crees? Sí, seguramente. Teniendo en cuenta lo rápido que te marchaste tú... —dijo, sin contener una risita irónica—. En fin, solamente quería darte la enhorabuena. Te he buscado por medio país con el corazón destrozado, esperando encontrarte para entender por qué diablos aceptaste casarte conmigo antes de esfumarte y desaparecer de mi vida, hasta que, al llegar, ¡me encuentro con la agradable sorpresa de que estás prometida!

—Calor, por favor...

Su ex amante parecía totalmente fuera de control. Violet podía ver la rabia que derrochaba en la forma que tenía de mirarla.

—Pero..., ¿cómo vas a estar prometida con otro si todavía sigues prometida conmigo? —se río, acercándose un par de pasos al mostrador.

—Te dejé el anillo en el piso —le recordó Violet—. Creí que...

—¿Qué? ¿Qué creíste? —atacó, herido—. ¿Qué no merecía una explicación? ¿Qué me podías romper el corazón de la noche a la mañana y desaparecer?

Violet no sabía qué decir. No tenía palabras para justificarse.

Sabía que lo que le había hecho a Carlos había estado mal, pero... Pero no podía volver al pasado.

—Lo siento, Carlos. Nunca pretendí que...

El mexicano, rabioso, le propinó un fuerte golpetazo al mostrador, provocando que la joven pegara un brinco.

—No sientes nada. Pero ya me da igual... Espero que ese pobre desgraciado al que vas a dejar

con el corazón hecho pedazos no sea tan imbécil de recorrerse medio país buscándote con la esperanza de que, al encontrarte, todo pudiera tener solución —dijo, apretando los dientes—. He sido un jodido imbécil al enamorarme de ti, Violet.

—Lo siento —repitió ella con los ojos empañados por las lágrimas, sin saber qué más podía hacer o decir.

Sí, por supuesto que se arrepentía de sus antiguos actos.

Pero Violet tenía la sensación de que de lo suyo con Carlos había transcurrido una eternidad. Sentía que era otra persona, una renovada, y que había dejado atrás esa losa del pasado.

—No lo sientas... Ojalá te pudras en el infierno, Violet —sentenció, antes de marcharse por la puerta.

Nada más escuchar el portazo, rompió a llorar de forma desconsolada, dejándose caer sobre la banqueta que tenía tras el mostrador para cuando se sentase a descansar. Notaba una fuerte opresión en el pecho que le obligaba a hiperventilar... Empezó a ver borroso hasta que, de pronto, Carter salió de la cocina con el gesto descompuesto y cara de muy pocos amigos. Violet se levantó de un salto, quitándose las lágrimas a manotazos mientras procuraba disimular sin demasiado éxito.

—No te molestes —le alertó Carter—. Lo he escuchado todo.

Ella se quedó mirándole, sin saber qué podía decir. Entendía que pudiera sentirse dolido, aunque en esos instantes lo último que necesitaba era una bronca con Carter.

—Es cierto... ¿Te habías comprometido con él?

Violet titubeó.

¿Cómo explicarle que no? ¿Cómo podía hacerle comprender que la única vez que había aceptado un compromiso de forma real había sido con él? Sabía que, dijera lo que dijese, no conseguiría mitigar la decepción en Carter. Podía intuirlo.

—Es difícil de explicar... —murmuró.

Él sacudió la cabeza de un lado al otro, negando rotundamente.

—Yo te lo he contado todo —sentenció de malas formas, casi tan rabioso como había estado Carlos minutos atrás—, incluso lo que para mí era difícil de explicar. ¿Por qué narices se te olvidó contarme que ya habías estado prometida antes de conocerme? ¿A caso te pareció un detalle insignificante?

Carter, herido, dio un paso atrás, alejándose de ella. Ambos parecían confusos, pero él lo estaba todavía más. Se sentía desilusionado y frustrado por partes iguales y no sabía cómo debía actuar en aquellos instantes, siendo conocedor de —al menos— parte de la verdad.

—Déjame que te lo expli...

Levantó una mano en alto, deteniéndola, justo antes de negar con la cabeza.

—Creo que no quiero ninguna explicación —sentenció, antes de darse la vuelta y abandonar el local con la misma rabia con la que minutos atrás había salido su ex.

Violet se quedó a solas, sentada en el taburete, llorando. Sentía que a pesar de lo mucho que se había esforzado por escapar, los fantasmas de su pasado la habían terminado encontrando de nuevo. La habían atrapado y, una vez más, se empeñaban en arrastrarla hacia el pozo sin luz en el que había estado sumida durante muchísimos años de su vida.

Aquella tarde cerró antes de lo previsto.

No sabía nada de Carter y, por supuesto, tampoco se molestó en llamarle. Intuía que necesitaba su espacio para pensar.

Condujo hasta casa y se sorprendió al encontrar las luces apagadas y las habitaciones en

silencio. Mila la recibió con cariño, pero faltaba algo. Faltaba Carter. Se sentó en el sofá, pensativa, preguntándose dónde diablos estaría. Casi a medianoche, comprendió que su cowboy no volvería a casa aquella madrugada y que más le valía concienciarse de que pasaría la noche a solas, junto a su fiel mascota. Violet lloró. Lloró como nunca antes había llorado. Tenía el corazón en un puño y sentía que la maldita batalla que se había estado lidiando hasta entonces dentro de ella, empezaba a llegar a su final. Por supuesto, aquello no era una novela romántica ni una película de superación; no. Aquello era la vida real. Y, en la vida real, las tinieblas solían ganar la batalla, aunque uno se resistiera luchando con todas sus fuerzas.

Se pasó la noche en vela y comprendió que, por primera vez desde que era muy pequeña, había abierto su corazón a alguien, desarmándose, quitándose las corazas. Había derrumbado todos aquellos muros que día tras día, año tras año, con tanto esfuerzo había conseguido levantar. Y allí estaba, destrozada, sintiendo cómo el dolor le atravesaba las entrañas y le recorría la espina dorsal. Tenía muchas dudas en cuanto a su futuro, sí, en aquel entonces comprendió con total claridad que quería a Carter Hughes en su vida. Lo amaba con toda su alma.

Aquella triste noche se quedó dormida en el sofá. Cuando se despertó a la mañana siguiente, con la espalda dolorida y el corazón magullado, comprendió que había tachado un día más en el calendario. Estaba a seis días de una boda que no tenía muy claro si se celebraría o no. Lo que sí que tuvo claro nada más abrir los ojos fue que Carter se merecía una explicación. Tenía razón; él había sido totalmente sincero con ella, y solamente por eso ella le debía la misma sinceridad.

Se vistió unos vaqueros y unas deportivas y, tras despedirse de forma fugaz de Mila, se encaminó en su coche en dirección al taller. No sabía si encontraría a Carter allí, pero tampoco se le ocurría otro sitio por el que comenzar a buscar. Condujo bajo la intensa lluvia con los limpiaparabrisas funcionando al máximo de velocidad.

Cuando detuvo el coche frente al taller, Violet comprendió que no tenía ni idea de qué era lo que le iba a decir a Carter. No sabía cómo excusarse ni qué hacer para pedir perdón, pero tenía una cosa clara: no podía perderle. No quería perderle.

Sin coger la chaqueta, salió bajo la tormenta y se encaminó hasta la puerta. Golpeó dos veces seguidas, sin obtener respuesta. Sintió cómo su ropa iba ganando peso y cómo su cabello mojado se iba adhiriendo a su piel. Poco a poco el frío iba calando hondo, hasta filtrarse en sus huesos. Comenzó a temblar, pero no le importó. Golpeó la puerta otras dos veces más y esperó. Unos minutos más tarde, la puerta se abrió y un adormilado y aturdido Carter apareció tras ella.

—¿Violet? —inquirió, confuso—. Son las cuatro de la madrugada... ¿Qué haces aquí?

Ella ni siquiera era consciente de la hora, porque no se había molestado en mirar el reloj al despertar.

—Tenía que hablar contigo —murmuró con un hilillo de voz—. Quiero explicártelo todo... Quiero.

Carter negó con la cabeza.

—Déjalo, Violet —sentenció—. No hay nada que explicar. ¿Por qué no...?

—Por favor —le interrumpió, dolida—. Quiero que lo entiendas. Quiero que me entiendas... Estoy enamorada de ti y por primera vez en mi vida, sé que no voy a huir. No voy a escapar como hice de Carlos —suspiró, sin saber por dónde empezar—. No recuerdo cómo eran mis padres, pero recuerdo que fallecieron cuando yo no tenía edad de caminar. Desde entonces siempre estuve viajando, pasando de familia en familia, y conociendo nuevos padres que, se suponía, me iban a querer. Pero, ¿sabes qué? Ninguno me quiso y ninguno se quedó conmigo —le dijo con los ojos repletos de lágrimas y de agua del cielo—. Algunos fueron buenos, y otros abusaron de mí. No

solo he intentado olvidar todo eso, sino que desde entonces he odiado el término “familia” con toda mi alma. Cada vez que conocía a alguien y la cosa se empezaba a complicar, yo... huía. Escapaba. Porque tenía la sensación de que la historia volvía a repetirse y que volvía a ser esa niña pequeña e inocente que se ilusionaba pensando que por fin tendría un hogar para que, después, terminaran haciendo añicos mi corazón.

Carter la miró muy serio, sin siquiera parpadear.

—Quiero borrar mi pasado, Carter Hughes, quiero borrarlo. Quiero olvidarlo todo y empezar de cero... contigo —murmuró con el corazón en las manos, entregándose con sinceridad—. Puede que no sea una chica sencilla y puede que tenga muchos problemas que solucionar, pero a tu lado soy mejor. Lo sé, porque lo noto. Soy mejor de lo que he sido jamás.

Se miraron unos minutos en silencio hasta que, por fin, él se atrevió a hablar.

—Estaba a punto de decirte que no quería ninguna explicación y que pasases a dentro. He recordado eso que me dijiste de que mi pasado no te importaba y... Después de mucho pensarlo, creía que tu pasado tampoco me tenía que importar —explicó, alargando el brazo para sujetarla de la mano—. Pero me importa. Porque ahora que me lo has contado, Violet, te puedo jurar que todo va a funcionar... Que nuestra “familia”, si es que quieres llamarla así, funcionará. Serás feliz, lo prometo.

Violet no podía parar de llorar.

No sabía si aquellas lágrimas eran provocadas por el sentimiento de alivio que la inundaba o si, simplemente, eran de felicidad. Pero lloraba y lloraba, vaciándose. Dio un paso al frente, hacia Carter, y volvió a sentir esa sensación extraña de ingravidez. Él la envolvió en sus brazos y sin decir ni una sola palabra más, la besó. Y entonces, Violet voló, consciente de que las piedras de su mochila acababan de desaparecer para siempre y de que, por fin, era libre... Libre para amar.

Violet se quedó observando la fotografía de la entrada con nostalgia y ternura. Habían pasado muchos años desde entonces y, aquella imagen, seguía evocándole buenísimos recuerdos. Eran ella, Carter y Mila frente a la casa. La instantánea la había sacado Dean un año antes de fallecer, justo cuando empezaron a reformar la fachada. Violet sonrió al recordar aquellos maravillosos años en lo que su piel era tersa y sus ganas por encontrar un hogar eran inmensas. Carter le había dado eso y mucho más, por supuesto. Carter le había dado una familia que querer y adorar.

Escuchó el murmullo de las voces que provenían del salón. Uno de sus hijos gritó su nombre y, poco después, Paige apareció en el hall para reclamar su presencia. Paige era su nieta más pequeña, hija de Cathy, su tercera hija. A Cathy la adoptaron cuando tenía cuatro años de edad y, desde entonces, Violet siempre había tenido una ligera predilección por ella. Si le preguntaban si era su favorita, ella lo negaría y aseguraría hasta la muerte que quería a todos sus hijos por igual. Pero en el fondo sabía que Cathy podía intuirlo, y eso le encantaba.

—Abuela, te estamos esperando para sacar la foto —protestó la pequeña, cruzándose de brazos.

Violet le sonrió y caminó hasta ella para sujetarla de la manita.

—Vamos, vamos... —dijo, intentando ocultar la nostalgia de su tono de voz.

Cada año por esas fechas se reunían todos de nuevo para conmemorar el aniversario de boda de Violet y de Carter sacándose una foto familiar. Una foto que, año tras año, sumaba algún nuevo miembro. Aunque aquel año, por desgracia, era diferente. Aquel año faltaría alguien muy importante; el pilar familiar. Violet caminó hasta el sofá mientras Jack, su primer hijo y el más mayor y responsable de todos, ponía la cámara a funcionar y activaba el auto temporizador. Violet se sentó en el centro del sofá, como cada año, aunque sin su fiel compañero. Sintió deseos de llorar, pero contuvo el llanto y sonrió cuando vio que el flash se disparaba. Y, en ese preciso instante, mientras el fogonazo la cegaba, vio su rostro. Vio a Carter. Tan guapo y tan feliz como de costumbre, tan elegante y tan sonriente. El fogonazo se esfumó, pero Violet seguía viendo a su difunto esposo, frente a ella.

—No estás sola... —murmuró la figura de Carter, justo antes de esfumarse.

Estalló en lágrimas, incapaz de contenerse, mientras pensaba que, en efecto y como de costumbre, Carter Hughes tenía razón: no estaba sola, estaba rodeada de su familia. Una familia que había formado junto a él...

—Y aunque ya no estés, siempre te llevaré conmigo... —murmuró ella, aún sabiendo que él no podría escucharla.

—¡Pues ya tenemos la foto! —gritó Jack, sonriente—. ¡Y por primera vez, hemos salido todos perfectos!

Violet se secó una lágrima rebelde con el puño del jersey y apretó a su nieto Flitz contra su regazo.

—Tu padre tiene razón, hemos salido todos perfectos... —aseguró, cogiendo aire y

prometiéndose a sí misma que, aunque él ya no estuviera, seguiría recordándole siempre, en cada gesto y en cada mirada de las personas que tenía junto a ella.

Carter Hughes viviría por siempre en su corazón.



**FIN**

# NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

# OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:  
Una noche Dorada  
Una noche Contigo  
Una noche Nuestra  
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa  
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector  
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

Tú mi deseo, yo tu capricho

Un pitcher en mi corazón

Un pitcher solo en mi corazón

Sabor a caramelo

Sabor a chocolate

El consultorio

Un caballero, por favor

Donde nadie me encuentre

Mil razones para odiarte

Nunca digas tu nombre

Texas no suena mal